

El (h)ijo la libertad

Margarita Mainé

Tengo una familia más o menos normal: Candela, Martín, Mamá y yo. Voy a tener que explicarles un poco mi historia para que entiendan lo que pasó ese "maldito", "bendito" día en el que sonó el timbre en mi casa y cambió todo.

GRUPO
EDITORIAL
norma

cc 19111

ISBN 987-545-358-7



9 789875 453586

GRUPO norma

El (h)ijo la libertad

El (h)ijo la libertad

Margarita Mainé

GRUPO
EDITORIAL
norma

Mainé, Margarita.

El (h)ijo la libertad. - 1a. ed. - Buenos Aires :
Grupo Editorial Norma, 2005.

156 p. ; 21x14cm. - (Zona libre)

ISBN 987-545-358-7

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

ÍNDICE

© Margarita Mainé, 2002
© Editorial Norma, 2005
en español para todo el mundo

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio,
sin permiso escrito de la Editorial.

Primera edición: febrero de 2006
Primera reimpresión: agosto de 2006

Impreso en Primera Clase Impresores
Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Armado de tapa: Daniela Coduto
Foto de tapa: Pablo Klappenbach
Diagramación: Gisela Romero

CC: 19111
ISBN: 987-545-358-7

Capítulo 1	11
Capítulo 2	15
Capítulo 3	19
Capítulo 4	21
Capítulo 5	25
Capítulo 6	29
Capítulo 7	31
Capítulo 8	33
Capítulo 9	35
Capítulo 10	39
Capítulo 11	43
Capítulo 12	47
Capítulo 13	51
Capítulo 14	55
Capítulo 15	59
Capítulo 16	63

Capítulo 17	67
Capítulo 18	71
Capítulo 19	75
Capítulo 20	77
Capítulo 21	81
Capítulo 22	87
Capítulo 23	91
Capítulo 24	93
Capítulo 25	97
Capítulo 26	101
Capítulo 27	105
Capítulo 28	111
Capítulo 29	115
Capítulo 30	117
Capítulo 31	119
Capítulo 32	123
Capítulo 33	125
Ensayo sobre la idea de libertad	127
Epílogo	135

*A Mateo, Federico, Florencia y Héctor
porque los elijo cada día.*

¿Acaso crees que puedes vivir toda
tu vida entre paréntesis?

JEAN PAUL SARTRE, *Los caminos de la libertad*

Me llamo Santiago y cumplí dieciocho años. Terminé el colegio secundario y no tengo idea sobre qué hacer con mi vida. Si le digo a mamá que este año me gustaría descansar y pensar en mi futuro, le daría un ataque -y les aviso que le dan seguido-. Por eso me anoté en la carrera de letras en la facultad y estoy cursando algunas materias del ciclo básico. No estoy muy convencido pero mientras tanto puedo pensar tranquilo.

Tengo una familia más o menos normal: Candela, Martín, Mamá y yo. Voy a tener que explicarles un poco mi historia para que entiendan lo que pasó ese ¿maldito?, ¿bendito? día en el que sonó el timbre en mi casa y cambió todo.

CAPÍTULO 1

"¡Viva la libertad! El sol nunca ha iluminado un logro humano más glorioso."

NELSON MANDELA (1918)
Político sudafricano

Trato de hacer memoria pero no recuerdo bien cuándo fue que me di cuenta. Quizás en alguna fiesta en el jardín de infantes, o aquella vez que fui a la casa de Pablo para jugar después de clase.

Claro, fue ahí. Justamente uno de los primeros recuerdos que tengo. Una tarde que jugué con Pablo en el arenero del jardín y él me invitó a su casa. Yo nunca había ido a la casa de ningún compañero pero la idea me gustó, sobre todo porque Pablo tenía el Merdeton con armas secretas que yo tanto le pedía a mamá y ella se negaba a comprarme. Cuando nos despedimos de la maestra, la

mamá de Pablo habló con la mía y quedó formalizada la invitación.

Me dio pena que mamá volviera sola a casa y estuve a punto de decir que no pero yo quería seguir jugando con Pablo y no se me olvidaba el Merdeton que me esperaba en su cuarto. Mamá me pasaría a buscar antes de la cena.

Hasta ahí todo bien. Llegamos a la casa, un departamento muy parecido al mío, quizás un poco más grande. Tomamos la leche con galletitas. La mamá de Pablo parecía buena y él me prestó el Merdeton sin problemas. Recuerdo que estábamos jugando a la galaxia tres cuando se escuchó un ruido de llaves en la puerta.

-¿Quién viene? - le pregunté a Pablo.

-Es mi papá - dijo él y corrió a saludarlo. El hombre dejó un maletín en el piso, parecido al que usaba mi mamá y le dio un abrazo. Después se acercó y me besó también mientras Pablo le decía mi nombre.

Ahí fue que me di cuenta. Tendría tres años o cuatro. Fue la primera vez que me alejé del universo que mamá, los abuelos y la tía habían tejido para mí. Pablo tenía un papá en su casa. Como los que se agolpaban detrás de las cámaras de fotos en las fiestas del jardín, como los que había visto en las plazas jugando con sus hijos. En cambio yo solamente tenía una mamá y no era algo que me llamara la atención antes de ir a jugar a la casa de Pablo.

Cuando mamá llegó a buscarme no le dije nada. Me hizo muchas preguntas sobre cómo la había pasado en la casa de mi amigo y cuando llegamos a la

nuestra le contó a la abuela por teléfono que yo había tenido mi primera invitación a jugar.

Pasaron los días hasta que una noche en la que mamá preparaba la mesa para los dos mientras yo pintaba un libro que me regaló la tía le dije:

-¿Y mi papá?

Mamá quedó como estampada entre los azulejos. Después se sentó a mi lado y me acarició la cabeza.

-Tu papá no vive con nosotros.

Eso ya lo sabía. Me quedé mirándola, esperando que siguiera porque ella iba a seguir. Solamente tenía que recuperar el aliento.

-Cuando estabas en mi panza, porque como ya te conté, los bebés están primero en la panza de la mamá -la miré con atención, ahora yo no quería hablar de bebés, quería hablar de papás-. Bueno -dijo ella tomando aire- tu papá no quiso vivir con nosotros cuando supimos que estabas en la panza. Pero yo sí te quise, te quiero con toda mi alma.

Tendría que haberle dicho que ya sabía que me quería, pero que yo le estaba preguntando por mi papá. Sin embargo me quedé callado.

Después mamá me dio un largo abrazo. No quise mirarla mucho porque lloraba, y no soporto que mi mamá llore.

Para evitarle más tristeza, me fui a ver la televisión.

CAPÍTULO 2

*El acto de desobediencia, como acto de libertad,
es el comienzo de la razón.*

ERICH FROMM (1900-1980)
Psicólogo y sociólogo alemán

Después le pregunté a la abuela, pero enseguida me di cuenta de que si había alguien que jamás me respondería sobre el tema de mi papá era mi abuela.

-¿Vos sabes adónde vive mi papá? -le dije una tarde que me cuidaba porque mamá trabajaba hasta tarde.

-No -dijo ella, y lo dijo de una manera que me hizo ver que ninguna información saldría de su boca.

La abuela jamás me contestaba así. Si yo le preguntaba por qué no había bananas para el postre ella no me decía "porque no". Me explicaba que en esa estación del año las

bananas estaban muy verdes y que pronto las traerían de Brasil, porque las bananas brasileras eran riquísimas y muchos porqué más. En cambio cuando le pregunté por mi papá ella dijo solamente no con un gesto en la cara que nunca le había visto.

A mi mamá la ponía triste, a mi abuela no le podía sacar palabra, pero como yo quería hablar de mi papá con alguien le pregunté a Manuela. Era la señora que me cuidaba por las mañanas y me llevaba al jardín.

-Manuela, ¿vos sabés por qué no tengo papá? -le dije un día mientras me planchaba el guardapolvo.

-A veces los hombres no quieren hacerse cargo de los hijos -me dijo ella y empezó un largo cuento de las mujeres que criaban solas a sus hijos y de lo buena que era mi mamá y de cuánto me quería. Y que mi papá ya se iba a arrepentir de tener un hijo tan lindo y bueno como yo y ni siquiera conocerlo.

Con Manuela sí que pude hablar. Me gustaban las cosas que ella decía. Le pregunté si lo conocía y me dijo que no. Le pregunté si sabía dónde vivía mi papá y me dijo que ella no, pero que mi mamá seguramente tenía la dirección y que si quería conocerlo mamá me ayudaría.

-Tu madre es muy buena -me repetía, pero yo ya lo sabía.

Al día siguiente de mi conversación con Manuela mamá no quiso leerme el cuento de antes de dormir.

-Tengo que hablar con vos -me dijo.

Entonces me explicó otra vez y más claramente cómo eran las cosas. Para hacer un hijo hacían falta un

papá y una mamá. Yo tenía un papá pero ese papá no quería vivir con nosotros, tampoco quería vernos.

-Él no estaba preparado para tener un hijo -dijo mamá, y recuerdo que no entendí esa frase ¿Cómo se prepara alguien para tener un hijo? Y si no estaba preparado, ¿cómo pudo hacerme a mí?

Después mamá me dijo que podía preguntarle lo que quisiera y yo le pregunté si tenía auto, si trabajaba, si era de Boca... Era de Boca. Ése era un punto a su favor. No tenía auto. Aunque mamá me aclaró que hacía mucho tiempo que no lo veía y que quizás ya se hubiera comprado uno.

Esa noche me quedé pensando, yo estaba contento con lo que tenía y un papá no me parecía algo importante. No quería un papá, o al menos eso me parecía, pero sí quería un hermano. Claro que con lo que me había dicho mamá sobre los bebés, me quedaba claro que, tener un hermano, por el momento, sería imposible.

CAPÍTULO 3

*La libertad de amar no es menos sagrada
que la libertad de pensar.*

LACORDAIRE (1802-1861)
Orador y pensador francés

Cuando mamá salía me quedaba en la casa de los abuelos. Allí todo se hacía a mi gusto y podía quedarme mirando la tele o jugando a las cartas con la abuela. El abuelo me enseñaba a jugar al ajedrez.

Mamá al principio estaba siempre conmigo pero cuando cumplí seis años empezó a salir todos los sábados. Me llevaba hasta la casa de los abuelos y el domingo me iba a buscar. Pero un sábado hicimos al revés. Los abuelos pasarían por casa y mientras los esperábamos mamá empezó a arreglarse para salir. Se pintaba frente al espejo y yo dibujaba en los azulejos empañados cuando le pregunté:

-¿Adónde vas? -creo que era la primera vez que se lo preguntaba porque ella se quedó muy sorprendida y dijo:

-Salgo...

-¿Con quién? -seguí preguntando ya que me gustaba insistir con lo que a ella le molestaba.

-Con un amigo.

-¿Qué amigo? ¿Cómo se llama?

-Martín.

-¿Dónde lo conociste?

-En el estudio. Es abogado como yo.

Después mamá me dijo que Martín era muy bueno y que un día lo iba a invitar a casa para que lo conociera. Me quedé callado. No sé si quería. Mamá se estaba pintando con mucho cuidado.

Antes de irme con los abuelos le dije que me dolía la panza y la dejé un poco preocupada. Más tarde llamó por teléfono para ver si yo había mejorado y no la quise atender. ¿Por qué no la atendí? Me encantaba hablar por teléfono con mamá desde la casa de los abuelos.

CAPÍTULO 4

*La libertad es incompatible con el amor.
Un amante es siempre un esclavo.*

MADAME DE STAËL (1766-1817)
Escritora francesa

El día que Martín vino a casa mamá estaba nerviosa. Preparó mucha comida, me arreglaba el pelo con la mano a cada rato y se cambió tres veces. Al final eligió un vestido rojo que sólo usaba para salir.

Y yo también estaba nervioso. Me intrigaba ver cómo era ese Martín y qué pasaría cuando viniera. Estábamos acostumbrados a las visitas de las amigas de mamá, pero ésta era la primera vez que se trataba de un "amigo".

Cuando sonó el timbre del portero eléctrico mamá corrió a abrir justo en el momento que en la tele empezaban los Ridikus y me dijo que la apagara. ¿Tenía que apagarla por él? Empezábamos mal.

Entonces abrió la puerta y del otro lado estaba Martín. Era alto, un poco pelado y tenía un ramo de flores blancas en la mano. Mamá le dio un beso y recibió las flores con cara de boba. Martín se agachó para darme un beso y lo saludé bastante contento. No porque fuera él, siempre me gustaba que viniera gente a casa porque mamá compraba helado y eso, para mí, era una fiesta.

Mamá hablaba y hablaba sin parar. Nos sentamos a la mesa para comer unas papas fritas mientras Martín me hacía preguntas un poco tontas.

-¿De qué cuadro sos? -le pregunté, y me dijo de River-. Mi papá es de Boca -le dije, y mamá se levantó de la mesa simulando que iba a buscar algo pero no fue a buscar nada.

-Es un buen equipo Boca, juegan muy bien -dijo Martín, y me dejó mudo porque yo nunca había escuchado a un hincha de River que dijera eso.

Sacó de su bolsillo un paquete muy chiquito y dijo que era para mí. Lo abrí diciendo gracias antes de que mamá me lo pidiera, y encontré la linterna de Boca que ella no había querido comprarme el domingo en el shopping. Me quedé callado jugando con la luz de la linterna en el techo. Después le iluminé la cara a Martín, que abrió la boca y me dejó inspeccionarle los dientes como hizo la dentista conmigo.

Comimos conversando sobre el colegio y otras cosas mientras mamá se sonreía sin parar. Mi mamá era una persona alegre y risueña, pero esa sonrisa que tenía cuando miraba a Martín yo nunca se la había visto.

Después del helado mamá dijo que ya era hora de ir a dormir entonces pregunté si Martín ya se iba pero me dijeron que no. Insistí con quedarme para despedirlo pero me pareció que mamá quería quedarse sola con él.

Discutimos un rato y al fin me fui a mi cuarto pero no quise que me cerraran la puerta. Como hablaban en voz muy baja no podía escuchar lo que decían. Al rato pedí permiso para ir al baño, para tomar agua, le dije a mamá que me pusiera otra frazada porque tenía frío y entonces Martín me vino a saludar porque parece que se dio por vencido y se fue.

Mamá vino hasta mi cama, me abrazó y me aseguró que me quería como a nadie en el mundo.

-¿Más que a Martín? -le pregunté.

-Sí, más que a Martín -dijo, pero no le creí.

CAPÍTULO 5

La libertad supone responsabilidad. Por eso la mayor parte de los hombres le temen tanto.

GEORGE BERNARD SHAW (1856-1950)
Escritor irlandés

Después de aquella primera vez Martín venía casi todas las noches y cuando no venía hablaba por teléfono largos ratos con mamá. Un día los vi tomados de la mano y otro día se dieron un beso.

-¿Son novios? -le pregunté a mamá esa noche.

-Sí -me dijo, y pensé en decirle que ella tenía que ser novia de mi papá pero no me animé. Igual Martín me gustaba, jugaba conmigo, me traía más golosinas que mamá y cuando ella quería mandarme a dormir él le decía que me dejara otro rato. Una noche me contó un cuento y desde esa vez tuvo que hacerlo siempre que cenaba en casa.

Y así muy despacio yo me iba dando cuenta de todo. Que no tenía papá como el resto de los chicos, que mi mamá tenía un novio bueno con mucha paciencia y que aunque era de River me compraba cosas de Boca. Cuando los chicos hablaban de los papás en la escuela yo hablaba de Martín y no hacía falta aclarar que no era mi papá.

Un día en la plaza, Martín y yo jugábamos a los penales y se acercó otro chico y nos pidió jugar. Le dijimos que sí, y una vez cada uno le pateábamos penales a Martín.

-Ataja bien tu papá -me dijo el pibe después de patearle un derechazo con todas sus fuerzas.

Martín me miró pero yo le esquivé la mirada.

-Sí, ataja bien -le contesté al chico sin aclararle nada.

Volvimos a casa, Martín se lo contó a mamá y ella se puso contenta. El domingo, mientras jugaba a las cartas con el abuelo, escuché cómo mamá se lo contaba a la abuela y las dos sonreían. ¿Les había gustado mi mentira? Bueno, entonces sería cosa de seguir mintiendo.

Cuando empecé segundo grado le dije a la maestra que mi papá se llamaba Martín. Se lo dije porque el primer día de clase Martín estaba detrás de la cámara de fotos, y eso lo hacen los papás.

Cuando mamá se enteró no se puso contenta. Esa noche se sentó en la cama, muy seria y me preguntó si yo me acordaba que ella me había dicho que mi papá se llamaba Pedro y que no vivía con nosotros.

-Sí, me acuerdo -le dije-. Yo sé que Martín no es mi papá pero me gusta decirlo.

-Bueno, si sabés cuál es la verdad está bien -dijo, y aprovechó mi amor por Martín para proponerme una nueva situación.

-Te quiero decir otra cosa: algunas noches Martín se va a quedar a dormir en casa.

-¡Qué bueno! -le dije. Si se quedaba a dormir seguía que me contaría cuentos-. Puede dormir en mi cama y yo duermo con vos, como cuando se queda la tía.

-No -dijo mamá, muy seria otra vez-. Se va a quedar a dormir conmigo en mi cama.

¡Ah, no!, Eso sí que era demasiado. Martín era bueñísimo, no parecía de River, pero que durmiera con mamá cuando a mí nunca me dejaba no me gustó nada.

Mamá se fue a dormir y me quedé pensando... ¿Por qué ellos iban a dormir juntos y yo solo en mi cuarto como un tonto?

La primera noche que Martín se quedó a dormir me porté mal. Estuve hinchando hasta tarde aunque él ese día me contó dos cuentos y me leyó lo que decía el diario sobre el último partido de Boca. Pedí agua tres veces, le dije a mamá que me dolía la panza, quise la luz prendida e hice ruidos con la boca hasta que me quedé dormido.

CAPÍTULO 6

No es bueno ser demasiado libre. No es bueno tener todo lo que uno quiere.

BLAISE PASCAL (1623-1662)

Filósofo

Mamá y Martín se casaron un día de enero. Se fueron de luna de miel sin mí, pero como me dejaron en la casa de los abuelos no me importó. Además me prometieron regalos que cumplieron en traerme. Mamá estaba contenta, Martín estaba contento. ¿Por qué motivo podía yo estar triste?

Me lucí en la fiesta, con mis ocho años vestido de traje y con moño.

Claro que de la luna de miel trajeron un regalo extra que yo no había pedido. Mamá me dijo que estaba embarazada y que en algunos meses tendría un hermano o hermana. Yo me había pasado varios años esperando

esa noticia pero ahora la idea no me entusiasmaba mucho: tendría que compartir a Martín y a mamá.

Al principio no me di cuenta pero a la noche me puse a llorar apenas mamá apagó la luz. Mi hermano o hermana tendría un papá, pero yo no.

Lloré mucho y por la mañana se me notaba la tristeza. Mamá estaba tan apurada que no se dio cuenta pero Martín me miró durante el desayuno y le dijo a mamá que esa mañana él me llevaría al colegio.

Caminamos los dos en silencio. Yo acababa de empezar tercer grado y la maestra era nueva. Martín no me saludó en la puerta. Entró conmigo al colegio y me preguntó cuál era mi maestra.

-Esa -le dije sin ganas. Entonces Martín caminó hasta ella, y dándole la mano le dijo:

-Mucho gusto. Yo soy Martín, el papá de Santiago.

Después me dio un beso, una moneda para golosinas y se fue a trabajar. Parece que él sí podía decir una mentira sin que nadie le dijera nada. Por las dudas nunca se lo conté a mamá, que hace lío por todo.

Cuando nació Candela me gustó que fuera mujer. Martín seguiría jugando conmigo a la pelota y además me dejó hacerla de Boca. Creo que Martín no se animaba a decir que a él también le gustaba más Boca que River.

CAPÍTULO 7

El hombre ha nacido libre y por doquiera se encuentra sujeto con cadenas.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU (1712-1778)
Filósofo suizo

No sé cuantos años tenía cuando me di cuenta de que llevaba el apellido de mamá. Había pensado durante mucho tiempo que Vázquez era el apellido de mi padre. No sé por qué ni lo preguntaba, suponía que si ése era mi apellido, era también el de mi padre, como les pasaba a casi todos los chicos. Un día de éhos en que estaba solo con mamá y aprovechaba a sacar el tema le dije:

-Mi papá se llama Pedro, ¿no?

-Sí -dijo ella, y ya estaba nerviosa.

-Pedro Vázquez. ¿Así se llama?

-No Santiago, Vázquez es mi apellido, el apellido de tu papá era Rosinde.

Me quedé callado. ¿Para qué iba a preguntar por qué no tenía el apellido de mi papá como los chicos de la escuela si ya lo sabía? Mi papá no había querido tener nada conmigo y por supuesto, tampoco que yo tuviera algo suyo.

Ese día Mamá y Martín secretearon en la cocina. Candela llevaba el apellido de Martín, mamá también lo usaba porque era la señora de Montena. El único que había quedado con apellido diferente era yo. Me consolaba pensar que llevaba el apellido de mi abuelo y de mi tía.

A los pocos días Martín me ofreció su apellido entre las lágrimas de mamá. Me explicó que no sólo me daría su Montena, sino que también sería en adelante mi padre adoptivo y que no me querría más por eso ya que me quería tanto como cualquier padre a su hijo.

Después de mil trámites complicados fui Santiago Vázquez Montena y esa noche festejamos con la familia completa. De todos modos había un apellido que me faltaba, y ni mil apellidos juntos iban a poder completar ese vacío.

CAPÍTULO 8

La libertad es para soñarla.

CARMEN MARTÍNGAITE (1925-2000)
Escritora española

A veces extrañaba estar solo con mamá como antes. Toda su atención era exclusiva para mí y ahora tenía que compartirla con Martín y con Candela que era una beba preciosa pero bastante llorona.

Mamá hacía grandes esfuerzos para que yo me sintiera bien pero toda la casa estaba invadida de mamaderas, chupetes y olor a pañales. Yo ya tenía nueve años y no me interesaban para nada las cosas de bebés.

No era un secreto que estaba celoso de Candela. Muchas veces le sacaba los juguetes que le gustaban, le tiraba del pelo cuando nadie veía y me negaba a compartir alguna golosina

con ella. Mamá y Martín estaban siempre pendientes de los dos pero no me alcanzaba. Cuando me enojaba con ella o cuando recibía algún reto por su culpa me iba a la cama pensando en mi papá. En lo bueno que sería que él me quisiera, que viniera a verme y me llevara lejos de esa caprichosa que era mi hermana.

Muchas veces fantaseaba que mi papá era viajero y estaba en otras partes del mundo haciendo cosas muy importantes como salvar a la gente en las guerras o curar esas enfermedades raras que nadie quiere atender. Me lo imaginaba como un héroe que algún día volvería y entonces yo me sentiría orgulloso de él y hasta podría perdonarle su abandono.

Cerca de casa hay un túnel y por arriba pasan las vías. Mamá desde muy chico me acostumbró a pedir un deseo cuando el tren pasaba y nosotros estábamos debajo. Yo siempre pedía el mismo deseo: que mi papá volviera, ya no a vivir con nosotros porque me daba cuenta de que eso sería imposible, sino simplemente para conocerlo y para que nadie pudiera decir que él no me quería.

Ahora pienso que esos deseos fueron realmente igual que los trenes: llegaron, pero con mucha demora.

CAPÍTULO 9

La libertad consiste en ser dueños de la propia vida.

PLATÓN (427-347 A.C.)

Filósofo griego

Así fue que mi familia quedó como les conté: Candelaria, Martín, Mamá y yo. La pasábamos bien a pesar de que mamá era bastante pesada conmigo, sobre todo con las salidas nocturnas.

Con dieciocho años cumplidos ella sigue tratándome como a un nene de quince. Siempre pidiendo explicaciones, ¿adónde vas a estar?, ¿con quién salís?, ¿a qué hora volvés?

-¿Cuándo considerás que voy a ser dueño de hacer lo que quiera? -le pregunté una noche cuando llegué a las dos y me la encontré sentada en el living, esperándome.

-Cuando me demuestres que sos responsable -alcancé a escuchar antes de encerrarme

en el cuarto con un portazo. ¿Qué significaba para ella ser responsable? ¿Trabajar? ¿Terminar la facultad? Nunca entendía cuándo sería grande y libre de elegir sin darle explicaciones:

Y ahora que ya saben más o menos cómo es mi familia, podemos volver al día en el que sonó el timbre de casa y todo cambió para mí.

Fue el mismo día en que empecé a cursar Filosofía. El profesor me cayó casi bien. Dijo algunas cosas bastante inteligentes y otras medio dudosas, como que la filosofía era parte de la vida y podía aplicarse en lo cotidiano. Sin vueltas explicó que al final del cuatrimestre tendríamos que entregar un ensayo sobre la libertad.

Poco sabía yo lo que era un ensayo. No era un cuento, ni una novela, era algo... ¿Había que ensayar antes de hacerlo? ¿Había que hacerlo varias veces para que saliera bien?

Cuando llegué de la facultad, lo primero que hice fue buscar esa palabra en el diccionario. Estaba justo en la E cuando entró Candela con una amiga a saludarme. Le di un beso pero la saqué corriendo porque cuando entra a mi cuarto se pone a tocar las cosas que tengo en mi escritorio.

Entonces leí:

"Ensayo: Escrito en prosa, de carácter didáctico, que trata de temas filosóficos, históricos, políticos, etc. Tiene un carácter eminentemente subjetivo, sin pretensiones doctrinales; su exposición es normalmente sistemática, el lenguaje vivo y el tratamiento personal".

¿Eminentemente subjetivo?, pensé. ¿Sobre la libertad? El profesor ya no me caía tan bien. La filosofía no era mi fuerte. ¿Qué era la libertad? Hacer lo que a uno le daba la gana y listo, era la primera respuesta que se me ocurría. Sonréí pensando que ésa iba a ser la idea base de mi ensayo.

La libertad era lo que deseaba y no tenía. Entrar y salir cuando me diera la gana, sin permisos, sin excusas. No me importaba nada saber qué significaba la libertad para los teóricos que verseaban desde los libros.

En eso estaba cuando escuché el timbre del portero eléctrico.

-Alguien te busca abajo -gritó Candela con su amiga atrás, y la intención de entrar a mi cuarto otra vez. ¿Por qué Candela siempre anda husmeando en mis cosas? ¿Es la suplente de mamá mientras ella está en el trabajo?

-¡No entres! -grité.

Cuando llegué al portero eléctrico no contestaba nadie. Bajé por curiosidad con la esperanza de que alguno de mis amigos viniera a salvarme de la libertad teórica y me ayudara con la libertad práctica invitándome a salir por ahí. Corré por la escalera ya que sólo es un piso y mis piernas demoran menos que el ascensor. En el primer descanso choqué con una chica rubia y alta que subía. Nunca antes la había visto en el edificio. Los dos murmuramos una disculpa y seguimos camino aunque ella se olvidó su perfume flotando en la escalera. En la vereda vi a un hombre grande y de rostro avejentado.

-¿Sí? -le dije a través del vidrio, sin intención de abrir la puerta.

-¿Sos Santiago Vázquez? -me preguntó nervioso.

Quedé callado unos segundos. Sí, yo había sido Santiago Vázquez. Cuando mamá y yo vivíamos solos, cuando Martín no había aparecido, cuando Candela todavía no había nacido. Entonces abrí la puerta y le dije:

-Soy Santiago Vázquez Montena.

Me pareció que el hombre dudaba pero después estiró la mano para estrechármela y tuve que darle la mía. El apretón duró más de lo deseado y necesité terminarlo con la pregunta inevitable:

-¿Y usted quién es?

Entonces él, sin mirarme a los ojos, murmuró:

-Soy tu papá.

CAPÍTULO 10

La libertad no es un hecho que desde el principio forme parte de la existencia humana, sino su meta

RUDOLF STEINER (1861-1925)

Filósofo, pedagogo y arquitecto austriaco

Las palabras no salían de mi boca. Sentía yeso en la lengua como cuando me hicieron el molde para los aparatos. ¡Cuántas veces había fantaseado con ese momento! Una vez, mientras esperábamos a mamá en la puerta del supermercado, Martín me preguntó qué haría si aparecía mi papá.

-Nada -le contesté haciéndome el superrado-. No me interesa hablar con él.

Y ahora, mientras al hombre los ojos se le abrían más y más, a mí se me ocurría pensar por qué Martín me había preguntado eso.

-Santiago... ¿Me escuchás?

-Sí, escucho. ¿Tiene algo para decirme?

-le dije ofensivo.

-Soy tu papá- repitió, y se dio cuenta de que ya lo había dicho- ¿Querés que tomemos algo juntos? ¿Podemos conversar? -agregó.

-Está bien -le dije yo con pocas ganas, y toqué el timbre en casa para avisarle a Candela que salía por un rato.

-¿Adónde vas? -me preguntó.

-En un rato vuelvo -le dije, anunciándole al hombre que no le dedicaría mucho tiempo.

Caminamos en silencio dos cuadras hasta un bar de éhos de viejos donde no encontraría a ninguno de mis amigos. ¿Y si me volvía? ¿Si le decía que no quería tener nada con él como él no había querido tener nada conmigo? Algo me hacía seguirle el paso. ¿Tanto tiempo con una pregunta bailando en mi cabeza y ahora que tenía la oportunidad de una respuesta iba a dejar todo así? ¿Estaba traicionando a mamá, a Martín, a los abuelos? Seguro que ellos esperaban otra cosa de mí, que lo plantara, lo insultara, le dijera que no quería nada con él. Pero esas palabras se acumulaban en mi cabeza sin que mis labios se animaran a murmurarlas.

Cuando llegamos al bar ya estaba resignado. No me animaría a rechazarlo, al menos sin una oportunidad.

-¿Qué tomás? -me preguntó mientras llamaba al mozo-. Una gaseosa y un café -dijo con un murmullo.

El hombre estaba muy nervioso, jugueteó con un cigarrillo, miraba hacia la puerta constantemente, parecía con miedo de que apareciera alguien. Yo aprovechaba para mirarlo de reojo y descubrir un gesto, un rasgo, alguna cosa que me certificara que era mi padre.

Se hizo un silencio expectante, como cuando se cuelga la computadora y me quedo muy callado esperando que vuelva a aparecer alguna imagen en la pantalla.

CAPÍTULO 11

La libertad es el derecho que tienen las personas de actuar libremente, pensar y hablar sin hipocresía.

JOSÉ MARTÍ (1853-1895)
Poeta cubano

Nunca me había dado cuenta de la cantidad de ruidos que hay en un bar. La máquina del café. Las tazas repiqueteaban al aterrizar en las bandejas con descuido. Los dos hombres de la mesa de al lado hablaban sobre fútbol y en voz alta.

-¿De qué cuadro sos? -me preguntó el hombre sentado enfrente, y casi me dio risa que ésa fuera la primera pregunta que le hiciera al hijo que había plantado dieciocho años.

-De Boca -dije con orgullo y él sonrió-. Mi abuelo es de Boca -que le quedara bienclaro quién me había transmitido la pasión azul y amarilla.

-Yo también soy de Boca -dijo él en voz casi inaudible. ¿Querría ahora que comentáramos el partido del domingo y la ubicación del equipo en la tabla de posiciones?

Llegó el mozo con toda tranquilidad para acomodar las cosas en la mesa. El café, el vaso, mi gaseosa, los sobrecitos de azúcar, las servilletas... Me parecía eterno el gesto de bajar cosas de la bandeja como acompañando el silencio lleno de ruidos que volvía a jugar entre los dos. Finalmente el mozo se retiró sin apuro.

-¿Estudiás? -dijo, ensayando otra pregunta y esperando mejor suerte.

-Sí, empecé este año el ciclo básico, tengo dieciocho años -dieciocho años!, ¿Te das cuenta del tiempo que te tomaste para conocerme?, pensé.

-Yo fui sólo un año a la facultad -dijo con palabras cansadas-. Ahora trabajo en un taxi. No es lo que había soñado, pero la vida me llevó ahí y no es tan malo. Es un trabajo que te da mucha libertad.

Este hombre reaparecía después de toda una vida y solamente hacía preguntas y me lloraba sus frustraciones? ¿No venía al caso una explicación? ¿No debería hacer yo las preguntas? ¿Por qué no me animaba a preguntar nada? Me costaba reconocer que tenía un gesto cálido en la cara, que me gustaba estar ahí y que tenía mucho miedo de las explicaciones que pudiera darme. A veces pensaba que quizás mamá me había engañado, que quizás ella le había ocultado mi existencia, que había una historia más oscura todavía en mi nacimiento.

Cuando me serví la gaseosa, el vaso y la botella chocaron. El pulso me temblaba. Él fingió no darse cuenta y siguió jugando con la cucharita. Los minutos se hamacaban lentamente entre los dos lados de la mesa.

CAPÍTULO 12

El hombre nace libre, responsable y sin excusas.

JEAN PAUL SARTRE (1905-1980)
Filósofo, dramaturgo y novelista francés

La situación no daba para más. El hombre estaba más nervioso que yo, no podía hablar de nada y el silencio era inaguantable. Jugué con el vaso, me serví de a gotas la gaseosa para entretenerte un poco, él revolvió el café una vez más. De golpe se me escapó una idea.

-¿Y cómo sé que sos mi papá? -me sentí mejor, algún obstáculo tenía que ponerle.

-Bueno -dijo tartamudeando-. Yo era el novio de tu mamá cuando ella quedó embarazada y...

-Y vos no querías tenerme.

-No fue tan simple. Yo era muy joven.

-Mi mamá también.

-La vida no es siempre como se piensa a los dieciocho años, Santiago.

Me quedé en silencio para dejarlo hablar. ¿Cómo era la vida? ¿Podía él explicármelo? ¿Abandonar a un hijo era la vida?

-En realidad en esos tiempos yo estaba muy metido en el estudio, pensaba que recién empezaba a vivir. Un hijo era algo serio...

Claro que era serio. Tan serio que ahora tenía que darme una explicación. Lo seguía mirando fijo sin decir nada.

-Qué sé yo, uno comete errores, Santiago -dijo tartamudeando-. Yo quería hacer lo que quería y no que la situación me obligara. Un hijo cambiaba todos mis planes.

Bajé la mirada. No quería comprenderlo.

-Me abandonaste -dije.

-Si lo pensás en términos de abandono fué así, pero tenía mis razones y en ese momento me parecieron justas. Ya no, por eso estoy acá. En todo caso si lo que querés es que te pida perdón, no tengo problema. Perdoname -dijo, y cada vez tartamudeaba más.

La cabeza se me llenaba de palabras que no podía decir. ¿Perdón? Perdón se pide cuando se empuja a alguien en la calle sin querer, cuando se interrumpe algo, cuando hacemos algo que estuvo mal sin intención. ¿Perdón? ¿A un hijo que se abandonó dieciocho años se le pide perdón así como si nada? ¿Estaba arrepentido? ¿Se tomó dieciocho años para arrepentirse?

-Yo no tengo que perdonarte, a ella la hiciste sufrir -le dije sin ganas de acalararle mis ideas.

-Ella nunca te habló de mí, de mis razones?

-No. Ella nunca habla de vos -le dije, y me sentí como el boxeador que da una buena piña. ¿Tenía algo bueno para contarme?

-Nos queríamos mucho.

-Se nota...

-Sé que es difícil de entender, pero quizás si pensás que yo tenía tu edad... Justo tu edad cuando tu mamá quedó embarazada.

-Sin excusas -lo frené utilizando una frase que mamá usa para terminar una discusión-. Yo nunca abandonaría a un hijo.

Me miró con un gesto triste y pensé que traía pensada una explicación, pero que al verme se dio cuenta de que nada justificaba lo que había hecho. Nada podía reparar el daño, ninguna palabra lo dejaría mejor parado frente a mí.

Así como bruscamente había empezado la conversación, así nomás se acabó también. Después de tanta verborragia de los dos el silencio pareció más tenso e imposible de romper.

El hombre se retorcía los dedos haciéndolos sonar, un gesto que yo repito cuando estoy nervioso.

-Está todo bien -le dije y no era cierto-. Ahora quiero volver a casa.

-Bueno -dijo, y parecía aliviado. Sacó plata de una billetera gastada y pagó. Después salimos juntos. Miré el reloj. Eran casi las seis y mi vieja estaría llegando del trabajo.

-Prefiero volver solo -aclaré, y evitando que se me acercara le dije hasta pronto. Ni adiós ni hasta luego, hasta pronto. Yo nunca usaba esa expresión.

Se quedó mirándome, parado en la vereda.

-¿Puedo verte otra vez? -susurró.

-No sé -dije, pero casi era un sí. Mi padre biológico se quedó en la vereda y me pareció que sonreía.

CAPÍTULO 13

La libertad no es poder actuar arbitrariamente, sino la capacidad de hacerlo sensatamente.

RUDOLF VIRCHOW (1821-1902)
Arqueólogo y antropólogo alemán

Cuando volví a casa Candela mierendaba con su amiga en la cocina.

-¿Adónde fuiste? -preguntó para molestarme.

-Estuve con mi papá -dije, y la dejé con la boca abierta.

Hacía poco tiempo le había explicado a Candela que Martín no era mi papá.

-¿Por qué le decís Martín a papi? -había preguntado ella varias veces, y yo le decía que porque su nombre me gustaba mucho. Mamá y Martín me escuchaban mentir y no decían nada. Sabía que estaban esperando que yo quisiera contarle a mi hermana la verdadera historia.

Mientras tanto me quedaba con la idea de que la dejaba afuera de un secreto que mamá, Martín y yo compartíamos.

Una noche que nos quedamos solos porque mamá y Martín habían salido al cine, estábamos comiendo pizza cuando empezó a preguntar por qué mamá no tenía otro hijo, y hablando del tema se me ocurrió contarle la verdad. A Candela se le abrieron enormes los ojos.

-Entonces Martín no es nuestro papá.

-Sí, tonta. Es tu papá pero no el mío.

Se quedó calladísima mientras yo comía la última porción.

-No importa, yo te lo presto -me dijo antes de irse a dormir.

Ahora Candela estaba otra vez con los ojos muy abiertos preguntando en la puerta de mi cuarto cómo era eso de que había estado con mi papá. No le conté nada para dejarla afuera de mi secreto otra vez, pero al rato llegó mamá y las escuché secreteando en la cocina.

Cuando mamá golpeó la puerta del cuarto yo trataba de retomar la lectura sobre la libertad y de ordenar las ideas que la charla con ese padre sorpresa me habían dejado.

-Hola -dijo ella besándose-. ¿Qué tal el día?

-Bien -dije yo, haciendo ruido con mis nudillos.

-¿Pasó algo?

-Nada importante -dije sin mirarla.

-Tu hermana me contó -titubeó.

-¿Qué cosa?

-Dijo que estuviste con tu papá.

-Es una mentirosa. ¿Todavía no la conoces?

Después escuché que mamá retaba a Candela mientras ella me acusaba de mentiroso. A la hora de la cena discutimos un rato hasta que no tuve más remedio que confesar:

-Es verdad que le dije eso pero fue para que no me hinchara más. ¿Por qué tiene que saber ella adónde voy o con quién? Se mete en mi vida todo el tiempo. Yo soy libre de salir y entrar sin tener que darle explicaciones a una mocosa de ocho años.

-¡Qué lindo chiste! -dijo mamá muy seria y Martín me miró, curioso. En casa nunca nadie había bromeadido con mi padre. Era un tema demasiado serio.

CAPÍTULO 14

La libertad más difícil de conservar es la de equivocarse.

MORRIS WEST (1916-1999)

Escritor australiano

El clima de la cena se heló después de que mi "chiste" quedara al descubierto. Mamá no volvió a abrir la boca. Candela contó entusiasmada que al piso de arriba se había mudado una familia nueva. ~

-La hija se llama Dolores y va a mi colegio pero al secundario. Además tienen un perro precioso que hoy ladró toda la tarde, se está acostumbrando a la nueva casa -comentaba Candela, pero el único que la escuchaba con atención era Martín.

De pronto mamá se levantó de la mesa diciendo que la disculparan pero que le dolía la cabeza. Candela y yo juntamos la mesa sin

chistar y no como todos los días peleando para ver quién juntaba menos cosas.

Me fui al cuarto y cerré la puerta casi sin ruido. ¿Qué estaba pasando conmigo? ¿Por qué la mentira? ¿Creía que mamá sufriría escuchando hablar de mi padre? En ningún momento había planeado mentirle, pero lo había hecho. Yo sabía cómo era mamá, la mentira le molestaba más que cualquier cosa. Claro que lo había hecho otras veces pero nunca con nada tan importante como ahora. ¿Cómo volver atrás? ¿Cómo salir de ese enredo?

Me apareció otra idea en la cabeza. ¿Por qué ella tenía que saber todo de mí? ¿No podía tener un secreto? Ése era mi padre y después de tanto tiempo ella no estaba involucrada en el asunto. No tenía por qué darle explicaciones de todo lo que me pasaba. Ella no tenía que meterse en todo. Yo podía pensar y hacer cosas que no le gustaran, y tenía que bancarme su enojo.

Pensé en mi padre. Había aparecido y ya me estaba trayendo problemas. Si esto era un augurio, mejor que volviera a desaparecer. Era mi papá pero éramos dos desconocidos. ¿Tendría otros hijos? Me dio miedo pensar en otros hermanos. Con Candela me alcanzaba. Yo tenía una familia y era la que mamá me había dado. De ningún modo este hombre iba a enchufarme ahora otra gente.

¿Qué quería? ¿Me ofrecería su apellido después de dieciocho años? ¿Quería yo ahora otro padre? Ya lo tenía a Martín y con eso me alcanzaba. ¿Me alcanzaba?

Pero no podía hacerme el ingenuo conmigo mismo. Al fin y al cabo el encuentro de esa tarde era lo que había esperado desde que, en la casa de Pablo, me di cuenta de que no tenía papá.

CAPÍTULO 15

La libertad es el derecho de hacer lo que no perjudique a los demás.

LACORDAIRE (1802-1861)
Orador y pensador francés



A la mañana siguiente, durante el desayuno, mamá seguía con cara de qué horrible chiste hiciste anoche. ¿Tanto la habría afectado? Ni quería pensar entonces cómo se iría a poner cuando se enterara de que realmente había conocido a mi padre biológico y no me animaba a decirlo.

Cuando terminamos de desayunar, como todas las mañanas Martín y mamá se fueron a llevar a Candela al colegio y después al estudio donde trabajaban juntos. Yo me quedé un rato más en casa hasta que se hiciera la hora de salir para la facultad. Estaba preparando mis cuadernos cuando sonó el timbre.

-¿Quién es? -pregunté esperando la voz de Cande que se había olvidado algo.

-Santiago? Soy yo, Pedro -tardó un minuto en caer la ficha de quién era el que tocaba el timbre.

-Ya bajo -le dije. ¿Pensaría este hombre venir a cada rato a mi casa? ¿Querría recuperar el tiempo perdido?

Cuando abrí me pareció que estaba más nervioso que el día anterior.

-Santiago, perdoná que te moleste -me dijo apurado, y entonces vi que en la mano tenía una pequeña valija-. Necesito que me ayudes.

Yo lo miraba mudo de asombro, no es muy frecuente que un padre que te abandonó durante dieciocho años venga el segundo día que te ve en la vida a pedirte un favor. Pero a él nada le resultaba extraordinario.

-Necesito que me guardes por unos días esta valija -dijo sin esperar respuesta, y me pareció que dudaba-. Tengo... Tengo cosas personales y me echaron de la pensión. Ahora conseguí un taxi para trabajar, y en unos días resuelvo el problema. Te pido por favor, Santiago...

Parecía que en eso se le iba la vida y no pude negarme. Siempre se me hace difícil negar un favor, pero en ese caso no me dio tiempo ni para pensar.

-Dame tu número de teléfono así podemos arreglar para vernos -dijo, y anotó en un papelito minúsculo el número que le dicté.

-Bueno, chau, gracias -agregó-. Y por favor no la abras.

Un minuto más tarde estaba yo subiendo las escaleras con la valija en la mano y sus palabras en mis oídos: "Por favor no la abras".

Reaccioné cuando escuché que alguien bajaba casi tan a los saltos como yo y casi me lleva por delante con valija y todo. Era ella otra vez.

-Disculpame, llego tarde al colegio -dijo, y dejó revoloteando su perfume de recién bañada. Llevaba uno de esos espantosos uniformes a cuadritos que a las chicas lindas les quedan maravillosos.

Entré a casa con la valija y busqué algún lugar donde nadie la encontrara, pero ni debajo de mi cama la sentía segura porque al día siguiente vendría la señora a limpiar y seguro que le preguntaba a mamá dónde guardaba esa valija. ¡Que piola este Pedro!, me metía en un problema sin siquiera pensarlo. ¿No debería traermee soluciones?

Se estaba haciendo tarde para la facultad y yo todavía no sabía adónde esconder la valija. De golpe me acordé de un lugar magnífico que el portero me había mostrado una vez. Salí al pasillo y allí estaba la puerta metálica donde había existido un incinerador para quemar la basura cuando se construyó el edificio. Juan, el portero, me había contado que ahora estaba prohibido usarlo, y ese lugar había quedado inutilizado. Dejé la valija sobre un estante de metal lleno de tierra y cerré la puerta. Al menos allí estaría segura.

CAPÍTULO 16

La libertad no es un fin, es un medio para desarrollar nuestras fuerzas.

FRIEDRICH VON SCHILLER (1759-1805)
Poeta y dramaturgo alemán

Estuve preocupado todo el día. Por un lado pensaba que Pedro tendría muchos problemas de dinero. Para quedarse sin un lugar donde guardar una mísera valija. ¡Pobre!, era evidente que no tenía a nadie en el mundo. También podía pensar que se lo merecía, que era lo que él había construido abandonando gente, como había hecho conmigo.

Después de mis clases de inglés llegué a casa e intentaba seguir leyendo sobre la libertad para el ensayo, cuando mamá golpeó la puerta del cuarto.

-¿Cómo anda todo? -preguntó, y era evidente que se le había pasado el enojo.

-Bien -dije convencido de seguir con mis mentiras. Ella improvisó un discurso: que imaginaba que la vida para mí no había sido fácil, que para nadie lo era, y que me entendía, y que se había enojado conmigo por la situación pero que era verdad que Candela era muy metida y que seguramente quise escandalizarla y dejarla muda. ¿Por qué mamá interpretaba lo que yo hacía? A Candela le había dicho la verdad, ojalá también lo hubiera hecho con ella y le habría evitado tantas conjeturas estúpidas.

-Está todo bien -dije-, dejalo así. Te prometo que no hago más chistes.

Me abrazó, y yo recordé esas frases que dicen "las mentiras tienen patas cortas" y "una mentira trae otra mentira".

Después fuimos al living donde Martín miraba el noticiero y comía papas fritas. Me senté con él, Martín nunca era tan denso como mamá.

-¿Qué pasó con el empresario? -le preguntó ella sobre la noticia de la semana: habían secuestrado a un empresario de la construcción y estaban negociando el rescate con la familia.

-Parece que pagaron el rescate y ya saben quién fue. Ahí está -dijo Martín, y los tres pusimos atención en el periodista que hablaba del caso:

"Esta madrugada los raptadores habían arreglado con los familiares de Clawe para que dejaran el dinero adentro de una valija en una cuadra tranquila del barrio de Versailles. El hijo del empresario fue el encargado de dejar el dinero en el lugar indicado sin saber que

la policía lo estaba siguiendo. El hombre dejó el dinero y se fue, pero un policía de civil permaneció escondido en el lugar para esperar a los secuestradores. Cinco minutos después paró un taxi, el chofer abrió la puerta del acompañante y subió la valija para arrancar inmediatamente. El policía dio aviso a las unidades que estaban comprometidas en el operativo pero no pudieron alcanzar al sospechoso que se fue llevándose la valija. De todos modos la policía asegura que la detención es cuestión de horas ya que cuentan con el número de patente y la descripción física detallada del hombre que manejaba el taxi".

CAPÍTULO 17

La verdadera libertad consiste en el dominio absoluto de sí mismo.

MICHEL EYQUEM DE LA MONTAIGNE (1533-1592)
Escritor y filósofo francés

En medio de las noticias del secuestro tocó el timbre. Era Dolores, la nueva vecina que varias veces había cruzado en la escalera. Mamá la hizo pasar y ella dijo que traía algo para Candela y le dio un chocolate.

-Candela nos dio la bienvenida. Nos dejó una tarjeta debajo de la puerta. Muchas gracias -dijo dándole un beso, y a mamá no le entraba la sonrisa en la boca.

-A mí me gusta tu perro -dijo Candela, y Dolores le explicó que se llamaba Tincho y que era muy tranquilo. Quizás podrían pasearlo juntas alguna tarde.

Candela se quedó contentísima y Dolores nos besó a todos al despedirse. Su aroma

me quedó dando vueltas por mi nariz. ¡Qué bien olía Dolores a toda hora!

Cuando ya estaba en la puerta me miró y me dijo:

-¿Estuvo bueno el viaje? -sólo me llevó un segundo darme cuenta de que hablaba de la valija.

-¿Qué viaje? -preguntó mamá.

-En el ciento ochenta, vieja. ¿Qué viaje va a ser? Dolores me vio hoy en la parada del colectivo -la miré fijo y le sostuve amenazante la mirada hasta que me interpretó.

-Sí, ahí estaba, pobre, esperando ese colectivo que no llega nunca. ¡Chau! Gracias -dijo y cerró la puerta.

Volví al sillón aliviado. ¡Que rápida era! Me había pescado al vuelo y le debía una explicación que no tenía ganas de dar.

Martín y mamá siguieron mirando el noticiero sin la mínima sospecha. Candela me empezó a cargar con que me gustaba Dolores, que cómo la había mirado y algunas pavadas.

De pronto anunciaron en el noticiero un móvil en directo desde el lugar en el que habían detenido al secuestrador de Clauwe. Lo sacaban con la cabeza tapada por un buzo, a los empujones, hasta meterlo en el patrullero.

Martín trajo una picadita de queso y salamín y nos concentrarnos en alimentarnos mientras el periodista decía:

"En este bar de la calle Miranda detuvieron al taxista que recogió la valija. Increíblemente este hombre andaba en el mismo taxi alquilado todos los días

y fue a devolvérselo a su dueño como si nada hubiera pasado. La policía revisa en este momento la pensión donde vive para encontrar datos de Clauwe y de la valija con el dinero. Tenemos las declaraciones de la dueña de la pensión: 'Es un buen hombre, hace varios meses que vive aquí y nunca tuvimos ningún problema'.

Me acerqué al televisor dejando un bocado a medio camino. En el sobreimpreso de la pantalla decía

DETUVIERON A PEDRO ROSINDE

AUTOR DEL SECUESTRO

DEL EMPRESARIO CLAUWE

CAPÍTULO 18

Nadie puede ser perfectamente libre hasta que todos lo sean.

SAN AGUSTÍN (354-430)
Santo filósofo

Mamá estaba pálida en el sillón. Martín y Candela ponían la mesa. Mis ojos quedaron fijos en la pantalla del televisor.

Un instante después mamá me miró con la intención de adivinar si yo había leído ese nombre, y si me había dado cuenta de que era el nombre de mi papá.

-Santiago -me dijo, y me despertó del hechizo.

-Sí -dije, y era el sí más ingenuo que encontré-, ahora ayudo a poner la mesa.

Mamá se paró, fue hasta su cuarto y cerró la puerta.

Pobre, me enternecía pensar en su angustia. Dieciocho años temiendo o deseando

-lo que pensaba mamá era un enigma- que este tipo apareciera, pero no en la televisión, y mucho menos involucrado en un secuestro extorsivo.

Me temblaba la mano mientras acomodaba los cubiertos en la mesa. No podía dejar de pensar en la valija, ¿tendría efectos personales, o tendría el dinero de la familia Clauwe? Seguí el ejemplo de mamá y escapé al baño. Mirándome en el espejo vi que mi cara de desesperación era impresentable.

-Santiago -me llamó Martín al rato-. Vamos a comer.

Salí del baño trastabillando y en la mesa me esperaban Candela y Martín.

-¿Mamá? -pregunté.

-Le duele mucho la cabeza, no va a comer -dijo Martín, y ahora también él estaba preocupado.

La televisión estaba apagada como castigo por haber entrado tanta angustia en casa.

Esa noche no pude dormir. Pensé levantarme en la madrugada para salir al pasillo y abrir la valija pero me di cuenta de que era una tarea imposible y que complicaría más las cosas si alguien me descubría. No quedaría otro remedio que esperar hasta la mañana para salir de mis dudas, que en realidad no eran tantas: en esa valija estaba la plata del rescate y mi padre biológico me había metido en el lío más grande y complicado de toda mi vida.

Por la mañana la cara de mamá no había mejorado. Me preguntó cómo era mi día, dónde iba a estar y con quién. Le dije que estudiaría con Francisco y que iba a volver a casa a las seis de la tarde.

-Quiero hablar con vos -dijo-. Pero mejor esta tarde.

-¿Pasó algo? -le pregunté, y ya me sentía el peor, mintiendo tanto, pero no podía evitarlo. ¿Será que las mentiras son como las palomas que andan todas juntas?

-Después te cuento -dijo con un beso triste en mi mejilla.

Cuando se fueron los tres esperé diez minutos y salí al pasillo. El edificio estaba silencioso como siempre a esa hora. Abrí el cuarto del incinerador y en ese mismo momento escuché el golpe de una puerta que se cerraba y unos pasos apurados en la escalera. Alcancé a cerrar la puerta del cuartito pero no a sacar mi dedo que quedó atrapado.

-Ay -grité junto con todas las malas palabras que conozco.

-¿Qué le pasa al Señor Secreto? -dijo Dolores, y yo escondí mi dedo en el bolsillo-. ¿Cuál es el misterio de tu valija?

-Los secretos no se cuentan -le contesté intentando sonreír y apretándome el dedo dolorido.

-Equivocado -dijo ella, y tenía el mismo perfume de siempre-. Los secretos se comparten con los amigos.

-Con los amigos -repetí para hacerla enojar.

-Ahora estoy llegando tarde al colegio pero cuando vuelva, quiero ser tu amiga -dijo, y me dio un papel que traía en la mano. Con letra despropósito estaba escrito su nombre y su número de teléfono.

De tímida no tenía nada. Ella sí que hacía lo que le daba la gana. Seguramente había estado esperando escuchar ruido de mi puerta para salir, ya que traía listo el papel. Lo guardé en el bolsillo y cuando volví para abrir otra vez la puerta del incinerador escuché que en casa sonaba el teléfono.

Indudablemente iba a ser una mañana complicada.

CAPÍTULO 19

Quien en nombre de la libertad renuncia a ser el que tiene que ser, ya se ha matado en vida: es un suicida en pie. Su existencia consistirá en la perpetua fuga de la única realidad que podía ser.

ORTEGA Y GASSET (1883-1955)
Filósofo y ensayista español



-Santiago, soy yo, Pedro -escuché del otro lado del tubo y no pude contestarle -en la boca mascaba un insulto lleno de bronca-. Escuchame Santiago, estoy en problemas, serios problemas.

-Estás preso -le dije sin delicadeza-. Te vi anoche por la tele.

Se hizo un silencio del otro lado de la línea.

-¿La valija tiene lo que imagino?

-Perdoname, Santiago. Yo quería hacer las cosas bien esta vez pero no sé qué pasó.

Sentí que la bronca se transformaba en una angustia ácida.

-Yo no secuestré a nadie. La policía me soltó por falta de mérito, tenés que creerme, la valija la encontré.

¿Por qué tenía que creerle? ¿Es que alguna vez me había dicho la verdad? ¿Es que yo debería confiar en la palabra de un hombre que era mi padre y que había visto dos veces en la vida?

-Lo único que quiero es que vengas a buscar esa valija y te la lleves ya mismo de mi casa -le dije en tono terminante, y escuché un golpe. Del otro lado de la línea hubo gritos y la voz de Pedro que gritaba "¡Santiago! ¡Santiago!"

Después empezó a sonar el tono de ocupado. Esperé un buen rato que volviera a llamar, pero el teléfono no sonaba. Resignado a perder la clase en la facultad ya que no iba a poder concentrarme, busqué la valija, me encerré en mi cuarto y la abrí.

Estaba llena de plata. Toqué los billetes con la punta de los dedos y sentí casi como una descarga eléctrica. Mi cabeza andaba a mil. Si Pedro -ahora menos que nunca podía pensarla mi padre- no había participado del secuestro: ¿por qué tenía el dinero? ¿Iba a confiar en su inocencia? ¿Podía ser tan estúpido como para creerle así nomás?

Escuché el teléfono otra vez y corrí a atenderlo.

-¿Pedro? -pregunté ansioso, pero era Francisco. Me recordó que esa tarde estudiariámos juntos. Ya casi era mediodía.

Guardé otra vez la valija en el escondite y salí de casa. Lo mejor sería pensar lejos de mamá, del dinero y del teléfono.

CAPÍTULO 20

Cuando hay libertad, todo lo demás sobra.

JOSÉ DE SAN MARTÍN (1778-1850)
Prócer de la independencia latinoamericana

Mamá llamó a la casa de Francisco para preguntarme si estaba bien y alguna otra pavada que justificara el llamado. Imaginé que estaba muy preocupada por saber si había leído en el diario o escuchado en algún noticiero el nombre de mi padre, pero simulé que seguía ignorando todo.

Francisco me conocía bien y también me preguntó varias veces si me pasaba algo. Para conformarlo le conté sobre Dolores, le mostré el papel con el número de teléfono y le dije que esa chica me había movido el piso -era verdad o solamente se lo dije para zafar? En otro momento Dolores habría ocupado toda mi cabeza, pero justo se le ocurrió

mudarse a mi edificio cuando Pedro apareció y eso la dejó inevitablemente en un segundo plano.

Cuando salí de la casa de Francisco me senté en una plaza para pensar tranquilo. Me molestaba la mentira de mi padre. ¿Cómo habría reaccionado yo si me hubiese dicho que la valija estaba llena de plata? Pero lo que más me molestaba eran mis mentiras. Sabía que elegía la verdad o tendría que inventar mentiras mayores cada vez. Evalué la primera posibilidad: llegaba a casa y les explicaba a mamá y a Martín el encuentro con mi padre, la llegada de la valija y todo lo demás. Mamá se pondría a llorar, Martín llamaría a la policía y terminaríamos todos en los diarios. Imaginé a Dolores en la televisión contando cómo me vio subir la valija el primer día y al vecindario revolucionado.

Todos se enterarían de que mi padre había vuelto y que era un delincuente -aun los que creían que mi padre era Martín-. Esa opción me pareció un desastre.

Entonces elegí lo más sencillo. Quizás si seguía mintiendo en algún momento ocurriría algo mágico y el problema desaparecería. Recordé los ruidos y los gritos en el teléfono antes de que Pedro colgara. ¿Dónde estaría ahora? ¿Estaría bien?

Volví a casa caminando despacio. Me quedé en la puerta un rato con la ilusión de que apareciera y se llevara la valija.

-¿Me esperás a mí? -me dijo Dolores que llegaba cargando una mochila azul.

-No -le dije antipático porque no quería más preguntas. Pero esa chica me gustaba, ¡y mucho!

-¿Me vas a contar qué tenés en esa misteriosa valija? -preguntó ignorando mi deseo.

-No -le contesté-. Yo no te pregunto a vos qué llevas en esa mochila.

Entonces descolgó la mochila de su espalda y la dio vuelta sobre el piso. Llaves, un libro, un cuaderno, lapiceras, un desodorante, pañuelos de papel y toallas femeninas cayeron acompañados de su risa.

-¿Y ahora? -me preguntó desafiante.

La miré sorprendido y encantado. Esta chica era un caso raro. Era obstinada y simpática, me gustaba. ¿Ella realmente hacía lo que le daba la gana?

-Mañana teuento -le dije, y empecé a juntar las cosas como un caballero. Ella también se agachó y al levantarnos nos dimos un cabezazo. Tenía el nombre bien puesto. Cada vez que la veía terminaba golpeado.

Subimos juntos la escalera y cuando me quedé en el segundo me dijo:

-Mañanā sin falta quiero conocer tu secreto.

-Mañana -le dije, y me dio pena que entre todos los problemas no tenía ni un lugar para Dolores aunque oliera tan bien.

CAPÍTULO 21

Prefiero morir de pie que vivir siempre arrodillado.

ERNESTO GUEVARA (1928-1967)

Revolucionario y líder político

La noche transcurrió tranquila. Mamá no propuso hablar de nada, yo simulé estar ocupadísimo con mis apuntes de filosofía y sólo salí del cuarto para cenar. No se prendió el televisor y, por lo tanto, nadie miró el noticiero aunque yo imaginé que mamá ya sabía que a Pedro lo habían dejado libre por falta de mérito -¿libre tan rápido? ¿No era raro?-.

Seguía a mil pensando cómo deshacerme de esa valija sin causar más problemas. ¿Podía ser que Pedro la hubiera encontrado sin imaginar lo que tenía adentro? ¿La habría olvidado algún pasajero del taxi? Era ridículo

pensar que los secuestradores se habían olvidado la guita en un auto. ¿Y Pedro? ¿Adónde estaba ahora?

A la mañana, después de que se fueron Martín, mamá y Candela, volvió a sonar el teléfono pero esta vez no era Pedro.

-¿Santiago? ¿Habla Santiago? -me dijo una voz ronca y desconocida.

-Sí.

-Escuchame bien, imbécil. Queremos la valija.

-¿Qué valija? -dije con la intención de seguir negando todo.

-La valija, tarado. No te hagas el vivo ni el héroe. Tenemos al taxista y si no entregás la valija no lo volvés a ver. Llevala dentro de una hora a la esquina de Formosa y Paseo. Y mejor que ni se te ocurra llamar a la cana.

Cuando colgó empecé a entender. ¿Cómo que tenían a Pedro? ¿Ahora él también estaba secuestrado? ¿Les había dado mi número de teléfono? ¿En lugar de protegerme les había dado mi nombre y mi número de teléfono a los secuestradores? ¿Era "eso" un parente?

Lo pensé y no podía elegir. Tendría que entregar la valija y salvar a Pedro -¿tenía que salvar al hombre que me había abandonado antes de nacer y que nunca se había preocupado por mí? ¿"Tenía" que salvarlo, o "quería" hacerlo?-.

El pulso me temblaba cuando cerré la puerta de casa con llave. Antes de acercarme al cuarto del incinerador esperé unos minutos para ver si aparecía Dolores.

El edificio estaba en silencio, imaginé que ya había salido para el colegio.

Saqué la valija con cuidado y bajé los escalones cargando con todo el peso. Cuando llegué a la planta baja la encontré sentada en la escalera de la entrada. ¿Me estaba esperando?

-Hola -me dijo con su sonrisa luminosa, y casi podía oler su perfume-. Otra vez con valija. ¿Adónde vas?

-Hoy sí que no estoy para juegos, estoy en problemas y problemas grandes -dijo, y se ve que la impresioné porque por primera vez se quedó callada.

-¿Puedo ayudarte?

Mi mente quedó colgada con esa pregunta. En realidad sí, sería bueno que alguien me ayudara con la entrega de la valija. Podía suceder que esos malditos se quedaran con la valija llena de billetes, conmigo, con Pedro y con Clauwe. ¿Quién podía confiar en la palabra de esa gente? Necesitaba compartir con alguien semejante lío y aunque Dolores no me parecía la más indicada era la única que estaba a mano.

-¿Podés ayudarme en esto sin hacer preguntas? -le dije.

Asintió sonriendo como si la hubiera invitado a tomar un helado.

-No es un juego -dije con intención de aguarle la sonrisa-. Es peligroso y tenés que estar dispuesta a arriesgarte.

Volvió a sonreír y solté algo que le congelara esa risa de una vez:

-Se trata de un secuestro, ellos tienen a un amigo mío y yo tengo la valija con el dinero.

Dolores cambió la cara y de golpe pareció más grande.

-Seguime -dije, y caminamos juntos mientras la ponía al tanto de algunos detalles. Le conté de mi amigo Pedro que era taxista, que había encontrado una valija y que era para los secuestradores de Clauwe. Le conté del llamado de esa mañana y le expliqué cuál sería su papel en todo esto.

-Yo me paro en la esquina con la valija y vos en la vereda de enfrente, a mitad de cuadra, disimulando. Cuando alguien se contacte conmigo y si me lleva, te subís a un taxi y nos seguís, insistíle al chofer para que no se haga ver. En cuanto tengas idea del lugar donde están, llamás a la policía -le di diez pesos-. Es para el taxi.

Los ojos de Dolores seguían enormes. No sé si entendía lo que le estaba diciendo, no sé si estaba dispuesta a hacerlo pero no decía que no, aunque mi plan fuera descabellado e ingenuo.

Llegamos a la esquina de Formosa y Paseo. Dolores se alejó como si no me conociera y se instaló en la mitad de cuadra apoyada en una vidriera. Pasaba bastante gente. Apoyé la valija en el suelo y me puse a mirar el tránsito tratando de descubrir alguna cara rara.

Pasaron quince minutos larguísimos en los que yo pensaba cómo había cometido la estupidez de mezclar a Dolores en todo esto si era apenas una nena de colegio. También qué iba a hacer ella si no lograba seguirnos. ¿Iría a hablar con mamá para contarle que su

hijo tenía una valija con dinero y un amigo secuestrado que se llamaba Pedro?

De pronto paró un auto verde y se abrió la puerta de atrás. Yo quedé petrificado, como en las películas de suspenso cuando está por aparecer el asesino.

CAPÍTULO 22

*La libertad consiste en poder hacer
lo que se debe hacer.*

MONTESQUIEU (1689-1755)
Escritor francés

Cuando se abrió la puerta del auto lo primero y lo último que vi fue un puño. La trompada me dio en medio de la cara y me tiró a la vereda. Me sacaron la valija y el auto arrancó haciendo chirriar las ruedas. Dolores cruzó la calle gritando y algunas personas se acercaron para ayudarnos.

-¿Te robaron algo? -me preguntó un hombre.

-Sí -dijo Dolores.

-No -dije yo-, estoy bien.

Dolores me ayudó a pararme y le hizo señas a un taxi. Nos subimos rápidamente.

-¿Los seguimos? -preguntó ella, y sonréí por su inocencia.

-No tenemos nada -dije, y me dolía tanto la cara.

-Sí, tenemos algo -contestó mostrándome unos números en un papel.

Había anotado la patente del auto y también lo había visto doblar en la avenida.

-Estamos siguiendo a alguien -le dije al chofer, como si fuera algo de todos los días-. ¿Podría apurarse un poco?

-¿Tienen plata? -preguntó el hombre desconfiado y Dolores le mostró el billete que yo le había dado. Entonces sí -dijo, y aceleró.

En la avenida divisamos a lo lejos el auto verde y el taxista intentó alcanzarlo durante unas cuantas cuadras. La desilusión nos iba comiendo mientras los semáforos en rojo nos detenían una y otra vez. A Dolores le pareció que doblaba a la derecha en una esquina y allí fuimos nosotros también. En cuanto doblamos vimos la calle despejadísima. Sin ningún auto verde.

-No tenemos nada -repetí, y esta vez Dolores se quedó callada.

-¿Para dónde quieren que siga? -dijo el taxista con tono aburrido.

-Pare acá -le dije.

Dolores pagó el viaje y nos bajamos. Mi cara ardía y se hinchaba cada vez más.

-¿Qué hacemos? -preguntó Dolores, y sólo atiné a sentarme en el cordón de la vereda. El barrio era de casas bajas y no se veía mucha gente por la calle aunque ya eran como las once de la mañana.

-No sé -le dije, convencido de que lo peor que podía haber hecho era meterla en este lío.

Un hombre alto apareció en la esquina y Dolores se le acercó.

-¿No vio un auto verde con tres hombres adentro?

-No -balbuceó el hombre y se alejó rápidamente.

-Gracias por el intento -dije. Me gustaba porque se animaba a todo y nada le daba miedo ni vergüenza.

Yo seguía en el piso tocándome la cara dolorida y ella caminó hasta la otra esquina. Trataba de pensar si no era mejor así. Ya nada podía hacer. Me había desecho de la valija y ya no era mi problema ni la vida de Clave ni la de Pedro. ¿Eso pensaba? No. Aún me importaba lo que les pasara a los dos. Podía elegir, pero al mismo tiempo sentía que había una sola opción.

Mientras tanto Dolores dobló en la esquina y la perdí de vista unos minutos. Como no volvía me levanté para buscarla. Estaba en la puerta de un kiosco hablando con dos pibes que tomaban cerveza al lado de unas motos. Cuando me acerqué la escuché hablando del auto verde. ¿Estaba totalmente loca?

¿Es que Dolores sólo me daría ídem?

CAPÍTULO 23

*El límite bueno de nuestra libertad
es la libertad de los demás.*

ALPHONSE KARR (1808-1890)
Escritor francés

Caminé hasta el kiosco pensando en matarla. Lo que nos faltaba en esta historia eran dos pibes con olor a cerveza buscando una valija llena de dinero. Peor aspecto no podían tener, uno de ellos tenía una trenza hasta la cintura. Otro unos anteojos negros dignos de la mafia italiana.

-El auto dobló en esta esquina, estoy segura -gritaba Dolores

La agarré fuerte del brazo, quizás demasiado fuerte.

-Ay, dejame -me dijo molesta-. ¿No ves que pueden ayudarnos?

-Gracias -dije lo mas convencido que pude-, pero ya nos vamos.

Los pibes se quedaron callados mirándonos con curiosidad. Pusieron en marcha las motos y me alegró que decidieran irse. Arrastré unos metros a Dolores que estaba realmente ofendida.

-Esto me pasa por meterme con nentitas -le dije despectivo mientras un auto verde con tres hombres doblaba la esquina.

-Ahí vienen -dijo Dolores, y en el mismo momento sentí la mirada de los tipos, que me reconocieron.

-¡Corré! -me gritó ella volviendo hacia el kiosco. Dolores se subió a la moto del de la trenza y a mí me tocó el mafioso. En medio minuto escapábamos a toda velocidad por la avenida. ¿Nos estaban siguiendo? Yo no me animaba a mirar hacia atrás y me calmaba saber que una moto es ideal para escapar en el tránsito.

-¿Adónde vamos? - grité.

-No te preocupes -me respondió.

¿Cómo no preocuparme si al agarrarlo de la cintura sentí algo rígido del tamaño de un arma dentro de su riñonera? ¿Serían asaltantes también los nuevos amigos de Dolores?

Después cerré los ojos. El viento en la cara golpeada me ardía y ya no me dejaba pensar. Quizás lo mejor sería dejarme llevar. Que ellos decidieran qué hacer, cómo escapar de los malos pero... ¿Cuáles eran los malos?

-Los perdimos -dijo el de la trenza, y Dolores festejó levantando una mano.

Cuando las motos frenaron abrí los ojos y no pude creer en dónde estábamos.

CAPÍTULO 24

No entres donde libremente no puedas salir.

MATEO ALEMÁN (1547-1615)

Novelista español

Las motos pararon en la puerta de la comisaría.

-Nos vienen siguiendo -le dijo el de la trenza al policía de la puerta, y nos hicieron entrar.

Pero nadie nos seguía. Éramos muy ilusos. Los chorros huyen, no te persiguen, es una de las reglas básicas que aprendí mirando las series policiales en la televisión, pero con los nervios me la había olvidado.

Me tomaron declaración durante media hora y dije todo lo que sabía. Bueno, solamente me guardé para mí que Pedro

era mi padre. Volví a repetir la mentira del amigo taxista que había inventado para Dolores.

Un policía trajo un botiquín, Dolores me limpió la cara y me dieron hielo para calmar el dolor. Estaba desfigurado y a estas alturas me resultaba claro que mi mamá se enteraría de todo y le daría un ataque en contra de Pedro. No sé por qué pero aún prefería evitarlo. ¿Sería por proteger a mi mamá, o para proteger a este padre que recién estrenaba y que ya me había metido en mil líos? ¿Sería igual que cuando era un nene aún esperaba que mi padre biológico volviera y le hiciera saber a todos que me quería?

Enseguida salió un patrullero a buscar al auto verde y Dolores y yo nos quedamos en la comisaría. Los pibes de las motos nos hicieron compañía. Trajeron unas gaseosas y el de la trenza hablaba tanto con Dolores que empezaba a molestarme.

-¿Qué tenés en la riñonera? -le pregunté al de los anteojos decidido a sacarme todas las dudas. El pibe sacó un walkman. ¿Cuándo vas a dejar de juzgar a la gente por su aspecto? me decía siempre Martín y tenía razón. Estos pibes tenían apariencia de mafiosos pero eran más buenos que Lassie.

Mientras tanto el comisario insistía en comunicarse con un adulto responsable para que viniera a buscarnos. Dolores no quería saber nada de llamar a sus padres que la imaginaban en el colegio. Yo pensé que si llamaba a mi vieja sería tan difícil explicarle todo lo que necesitaría la tarde entera.

Entonces marqué el número del celular de Martín.

-Papá -le dije con la voz entrecortada-, habla Santiago -Martín se quedó mudo del otro lado del teléfono, yo nunca lo llamaba así-. Tenés que venir a buscarme. Estoy en una comisaría.

CAPÍTULO 25

Aquellos que cederían la libertad esencial para adquirir una pequeña seguridad temporal no merecen ni libertad, ni seguridad.

BENJAMÍN FRANKLIN (1706-1790)
Filósofo, político y científico estadounidense

Cuando Martín llegó a la comisaría ríos dejaron conversar un rato. Me abrazó preocupado.

-¿Qué pasó Santiago? -me dijo, y la miraba a Dolores más sorprendido por su presencia que por encontrarme allí.

Empecé entonces un resumen de todo lo que había ocurrido desde que Pedro tocó el timbre de casa dos días antes.

-¿Pedro? -dijo Martín, al que le estallaban las venas de la frente ante tantas novedades.

-Sí, Pedro, mi padre biológico -le dije, y esta vez fue Dolores la que revoleó los ojos sin poder disimular su asombro.

Seguí con la valija, con el secuestro, con el llamado de la mañana y con Dolores ofreciéndome su ayuda. Martín se sentó en un banco agarrándose la cabeza. Se notaba que trataba de asimilar la información que acababa de lloverle.

-¿Pedro secuestró a Clauwe? - preguntó.

-No -dijo Dolores ayudándome-. Pedro encontró la valija con el dinero del rescate y se la quedó.

-Pero no sabía que tenía el dinero del secuestro -aclaré. ¿Lo estaba protegiendo? ¿Estaba protegiendo a ese padre que ni siquiera me había salvado de los delincuentes?

Nos llevó tiempo que Martín entendiera cómo se había desarrollado todo.

-Buenas noticias -dijo un policía interrumpiendo-. Encontramos a Clauwe.

Dentro de la comisaría el clima se distendió y ya podíamos irnos. Yo no me animaba a preguntar por Pedro.

-¿Usted firma por los dos? -preguntó el policía, y Martín dijo que sí.

Le pesarían las explicaciones para mamá primero y para los padres de Dolores después, pero no intentó ni un reproche. Al contrario, me tomaba del hombro con tanto afecto que enfrentar a mamá me parecía más fácil. Martín iba a ayudarme para que todo terminara bien.

Cuando salimos de la comisaría estaban las cámaras de televisión y llegaban dos patrulleros. En uno traían a Clauwe, en el otro a Pedro. Yo baje la vista y Martín me preguntó:

-¿Es Pedro?

-Sí -le dije incómodo.

Entonces Martín se dio vuelta y lo encaró.

-Yo soy Martín, el papá de Santiago -le dijo extendiendo la mano y Pedro, con pena, le hizo un gesto. Estaba esposado.

-Santiago, yo no les di tu teléfono, me lo sacaron -me dijo Pedro mirándome a los ojos, y le creí. Quizás parezca tonto, pero le creí.

-¿Va a quedar libre? -le pregunté a Martín y Pedro sonrió sin razón.

-No te preocupes, Santiago -me dijo Martín-. Vamos a ayudarlo para que así sea -y acercándose a Pedro otra vez, le dijo-. Yo puedo ayudarte, soy abogado -y le puso su tarjeta en el bolsillo de la camisa con un gesto amable.

Pedro lloraba, a mí también se me caían las lágrimas mientras Dolores, detrás de mí, se sonaba la nariz.

Después lo entraron en la comisaría. Martín se quedó hablando con un policía mientras Dolores y yo caminamos hasta el auto de Martín que estaba en la esquina. Sin hacer preguntas me agarró de la mano y me dio un beso cerca de la boca que me gustó.

-¿Estás bien? -preguntó.

-Voy a estar mejor -le dije tomándola de la cintura y abriendo la puerta trasera del auto. Ella se sentó, y cuando me agachaba a devolverle el beso cerró la puerta y me la dio en la frente. No me importó un golpe más. Estaba decidido a conseguir a esa chica aunque me costara un millón de dolores.

CAPÍTULO 26

Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1547-1616)
Dramaturgo, poeta y novelista español

Habían pasado tres meses del desastre de la valija. Así lo llamábamos en casa para no nombrar a Pedro ni recordar todas las mentiras que yo había dicho. Había un antes y un después de ese episodio. Antes, mamá confiaba en mi palabra, ahora todo tenía que confirmarlo. Antes, yo hojeaba los diarios, ahora los leía con detenimiento para seguir el "caso Clawe".

Y fue por las noticias que nos fuimos enterando de que Pedro seguía en la cárcel aunque sostenía lo que me había dicho a mí: que la valija la había encontrado.

-Su situación es muy complicada -escuché que comentaba Martín después de escuchar el noticiero.

Mamá quiso que visitara a un psicólogo y le di el gusto porque la vi enloquecida. Lloraba todo el día y se culpaba del padre que me había elegido. ¿Es que lo había elegido? Nunca entiendo a mamá. Quizás no dice todo lo que sabe o simplemente lo nuestro está dentro de eso que llaman diferencias generacionales.

A mí me parece que ella tampoco "eligió" traerme al mundo. Yo vine de arriba, como un colado en una fiesta a la que nadie lo invitó -¿una fiesta? Eso tendría que confirmarlo-. Está bien que después de mi "existencia" mi mamá se hizo cargo de la situación, pero en realidad eso de que me había elegido ese padre era muy dudoso. De todos modos el psicólogo tenía entrevistas con ella y otras conmigo, y así estaba un poco más tranquila.

El tipo me preguntaba poco, yo hablaba tonterías pero todo parecía marchar más o menos bien. Volví a la rutina de no tener padre biológico rápidamente, total, estaba acostumbrado. Al menos estaba libre de mentiras y valijas.

Dolores ocupaba cada vez más lugar en mi cabeza. Después de nuestra aventura policial no nos costó nada pasar de amigos a algo, todavía sin nombre. La pasábamos bien juntos, me hacia reír todo el tiempo. Me costaba dedicarle tiempo al estudio y se acercaba el final de Filosofía en el que tenía que entregar el ensayo. Seguía leyendo textos al azar pero no tenía idea de cómo empezar.

Una mañana en la que acompañaba a Dolores al colegio el portero me dijo:

-Santiago, carta para vos -y sí, era una sorpresa porque las cartas siempre eran para mamá o para Martín. Era rarísimo que alguien me escribiera una carta en vez de chatear conmigo o mandarme un mail.

El sobre decía: Santiago Vázquez Montena, y no tenía remitente.

-¿No lo vas a abrir? -dijo Dolores cuando me lo guardé en el bolsillo.

-Después -le dije.

-¿Será de alguna ex novia?

-¿Por qué de una ex? Debe ser de mi novia que vive en París -le contesté tirándole del pelo.

La dejé en la esquina del colegio después de algunos besos y me fui despacio, tocando ese sobre dentro de mi bolsillo. Me picaba la mano como si supiera que, otra vez, allí latía un problema.

Lo abrí en el colectivo y me encontré con una letra retorcida que me costaba entender.

CAPÍTULO 27

Si no tienes la libertad interior, ¿qué otra libertad esperas poder tener?

ARTURO GRAF (1848-1913)
Escritor y poeta italiano

"Querido Santiago:

Siento molestarte otra vez pero en este encierro los tiempos son largos y silenciosos. Mi cabeza me habla todo el tiempo de vos. No puedo dejar de decirte las cosas que me aturden y que intentan explicaciones. Quizás las juzgues absurdas. No te pido respuestas. Ni siquiera que las leas. Solamente dejame mandarte esta carta y así pensar que este tiempo vacío es útil para algo.

Cuando yo era chico pensaba que los grandes siempre sabían qué hacer. Pero estaba equivocado.

Cuando fui adolescente pensaba que sabía lo que estaba haciendo. Estaba equivocado otra vez.

Ahora que ya pasé los treinta y seis trato de averiguar qué puedo hacer para no seguir equivocándome.

Siempre me entretuve pensar. Desde chico, mientras otros jugaban o se quedaban hipnotizados frente a la televisión, a mí se me iba el tiempo preguntando el porqué de casi todas las cosas. Así fue que perdí muchos amigos que preferían ir a bailar a quedarse conmigo, en un café, hablando de las cosas de la vida.

En mi corto paso por la facultad leí a muchos filósofos y comprobé que casi ninguno de ellos fue feliz. Con ese argumento me consolaba en los momentos más difíciles. Estúpidamente me creía un libre pensador, alguien que piensa y actúa sin dejarse determinar por nada. Y así también perdí a mi familia de origen, nada me ataría, nada cambiaría lo que me había propuesto (¿Qué era lo que me había propuesto?: ser libre).

Pero pasó el tiempo y empezaron los fracasos. Tuve que dejar la facultad para ganarme el mango porque como no quería depender de nadie tampoco tenía quién me ayudara.

Ese inconformismo, esa infelicidad que sentía todo el tiempo me llevó a pensar más y más. ¿Por qué las cosas me salieron así? Y decidí que el mal comienzo de mi vida adulta fue lo que arruinó todo. La primera decisión importante de mi vida la tomé mal y entonces...

Sabés que ese comienzo torcido tiene que ver con vos. Por eso fue que decidí buscarte. Para decirte que me había equivocado.

"Quiero ser libre, no quiero que un hecho fortuito y no planeado me marque la vida", le dije a tu madre en su momento.

Ahora sé que esa libertad no me sirvió para nada. Sólo me llenó de vacío. La soledad empezó a pesarme cuando vi a compañeros de facultad, tan deseosos de ser libres como yo en la juventud, que ahora vivían una vida común y corriente. No eran felices (o eso creía yo) pero, ¿quién es feliz en este mundo, en estos tiempos?

Tenía que reconocerme que esa libertad era una esclavitud. Desde que me había desligado del compromiso con tu madre no hubo un solo día en el que no pensara en ella y en vos. ¿Qué día habrá nacido? ¿Ya sabrá caminar? ¿Cuántos años tiene ahora? ¿Cinco? ¿Irá al jardín? ¿Preguntará por su papá? ¿Qué explicación le dará María? ¿Se le habrá caído el primer diente? No hubo una sola vez en todos estos años que yo haya visto un niño sin preguntarme cómo serías, o que harías, o si estarías bien (¿era eso ser libre?)

Contra todos mis deseos, un hecho no deseado y fortuito me había marcado la vida. Esquivé la responsabilidad, es cierto, pero ¿era eso una ventaja o un problema?

Así nació la idea de buscarte. Ahora ya serías un muchacho con capacidad para decidir si conocerme o no, si aceptar mis razones o rechazarlas, no tendría que hablar con tu madre primero. Frente a ella siento una enorme culpa y vergüenza.

La dirección de tu casa me la dio un viejo amigo. Empecé a pasar con el taxi a distintas horas por la puerta de tu edificio.

Una mañana vi salir a tu mamá con un hombre y una nena pequeña. Ella había logrado cumplir sus sueños, si de un marido se trataba.

Se me hizo rutina pasar todos los días un rato estacionado en la vereda de enfrente pero nunca te veía salir. Me preguntaba si te reconocería, si serías parecido a mí. Una mañana me animé a bajar del auto y preguntarle al portero en qué piso vivías con la excusa de que era el padre de un amigo.

Fue una tarde en la que me sentía especialmente triste y melancólico cuando me animé a tocar el timbre. Me apretaba los nudillos mientras bajabas y abrías la puerta. Muchas veces había pensado qué decirte en ese momento para que no fuera tan fuerte, para no asustarte.

Pero te asusté, me pareció retroceder en el tiempo y estar frente al espejo el día de mi primera afeitada. ¡Qué parecidos somos!

Cuando nos despedimos después de ese primer encuentro me sentí con una fuerza inusual. De pronto parecía que todo cobraba sentido, que mi vida giraba ciento ochenta grados. Ahora valía la pena abrir los ojos por la mañana. Serías mi motivación para mejorar, para progresar, para aceptar que me había equivocado y que era capaz de reconocerlo y de empezar de nuevo. Te había pedido disculpas y eso era muy valioso. Me había perdido muchos años, es cierto. Pero no me rechazaste, ni me dijiste no quiero verte más, ni me insultaste como sucedía en mis peores pesadillas.

Esa noche trabajé con el taxi hasta la madrugada, tenía toda la intención de mejorar mi economía en forma inmediata. Quería poder contarte cómo había salido adelante a pesar de la adversidad.

A las seis de la mañana apenas estaba amaneciendo. Fue en ese momento cuando estúpidamente dejé que otro hecho fortuito y no deseado me cambiara las intenciones. No había aprendido nada".

Bajé del colectivo todavía con la carta en la mano. Recién llevaba una página, y había más. Pedro tenía miles de defectos pero escribía bien.

Entré a la facultad con pocas ganas. Con gusto hubiera seguido leyendo pero era mi última clase y tenía muchas faltas. Mi clase de "filosofía de la libertad" ya había comenzado.

CAPÍTULO 28

Libertad moral es la única libertad verdaderamente importante.

JOSEPH JOUBERT (1754-1824)

Moralista francés

-¿Pasó algo? -me preguntó mamá ni bien entré en la cocina.

-Nada nuevo, tengo mucho que leer para filosofía -le mentí. ¿Cómo podía darse cuenta con sólo mirarme que algo me sucedía? ¿Era adivina o el portero le había dicho que me había dado una carta?

Estaba poniéndome paranoico -desde que voy al psicólogo me gusta usar términos psicológicos en mis conversaciones- y otra vez mintiendo...

Dolores llamó. Era gracioso hablar por teléfono con ella cuando vivíamos en el mismo edificio, pero increíblemente nos colgábamos horas.

-¿Por qué no le decís que venga y listo? -me preguntaba Candela, que siempre quería que Dolores viniera a casa.

Estaba bueno hablar por teléfono, decíamos cosas que frente a frente no nos animábamos. Y mejor aún con el chateo, ahí sí nos sentíamos libres de escribir cualquier cosa.

Me pareció raro que Dolores no me preguntara por la carta. Fue una suerte porque seguramente le habría dicho una mentira. Las cuestiones con Pedro siempre me resultaban imposibles de hablar con alguien -hasta que explotan, pensé-.

Después de la cena me fui a mi cuarto y volví a abrir la carta.

CAPÍTULO 29

Un prisionero es un predicador de la libertad

CHRISTIAN FRIEDRICH HEBBEL (1813-1863)

Dramaturgo alemán

“Cuando subí esa valija al taxi te juro que ni imaginaba lo que tenía adentro. La vi cerca de un árbol, en una calle desierta y la curiosidad pudo más. Di una vuelta a la manzana y seguía allí. Y bueno, la subí al auto sin pensarlo. Quizás simplemente porque no tengo valija y cada vez que me mudo cargo mis cosas en bolsas y cajas.

En el mismo momento en que cerré la puerta se me aceleró el corazón. Estaba haciendo algo incorrecto, el vértigo me lo decía. Apreté el acelerador y me alejé del lugar lo más rápido que pude. Pasé la barrera mientras estaba bajando y me perdí en el tránsito repleto de taxis de la avenida.

La valija estaba allí, a mi lado, y al subirla me había hecho notar que no estaba vacía. No me animaba a abrirla. Fui hasta los parques de la costa del río y estacioné en un lugar sin gente. Entonces la abrí.

Nunca había visto tanto dinero junio. Me quedé mirando los billetes hipnotizado. ¿Qué significaba encontrar tanto dinero cuando empezaba una nueva vida? el día en que había encontrado a mi hijo.

Me justifiqué pensando que en ningún momento había imaginado que podía haber dinero en la valija. Te juro Santiago que ni se me ocurrió que podía tener plata. Toqué los billetes, todos de cien. Intenté hacer el cálculo de la cantidad, pero me fallaron las matemáticas como toda la cabeza me estaba fallando.

¿Qué iba a hacer ahora con eso? No era mío y el dinero que no es de uno debe devolverse pero, ¿a quién?

Se me ocurrió la estupidez de pensar que si este día yo me había propuesto un cambio y empezar de nuevo, el dinero era una señal. Quizás el destino del que yo descreía me estaba ayudando. ¡Que ayuda! Para alguien como yo esa cantidad de dinero era la salvación.

Por lo pronto no podía dejarlo en ningún lado. El taxi tenía que devolverlo a las ocho y en la pensión, mi compañero de cuarto era más que curioso.

La cabeza me estallaba mientras seguía en el taxi sin levantar ni un solo pasajero. Di vueltas un buen rato hasta que me encontré cerca de tu casa, Santiago, y allí volví a equivocarme: te dejé la valija metiéndote en un enorme problema. Te vuelvo a pedir disculpas con la convicción de que no deberías perdonarme. Actué

como un imbécil. ¿Y si tantas veces se actúa como un imbécil no será que uno realmente lo es?

Cuando me aceptaste la valija me fui preguntándome si habrías sido tan bueno si yo me hubiera comportado realmente como tu padre todos estos años.

Entre estas cuatro minúsculas paredes pienso: ¿por qué mi deseo de empezar a hacer las cosas bien se diluyó tan rápidamente ante ese montón de billetes? Te había encontrado, tenía una nueva oportunidad y sólo por guita la desaproveché?

Cuando era joven, con idea de 'ser libre', pensaba que el dinero no era importante, pero ahora sabía bien que la libertad sin dinero es muy limitada. ¿Se puede elegir y hacer lo que uno quiere si antes se debe pensar en no gastar mucho porque las finanzas están en cero? ¿Ese deseo de libertad completa me había llevado a intentar quedarme con la valija? ¿Otra vez equivocándome en nombre de 'ser libre'? No había aprendido nada. Era un estúpido ignorante que no sabía qué hacer con su vida y saltaba mal cada prueba. Ahora estoy otra vez arrepentido de algo sin saber cómo arreglarlo.

Pero de todo se aprende, todos los que están acá adentro me enseñaron un nuevo significado de la palabra libertad: libertad es afuera. Es salir de la cárcel. Lo demás poco importa. Sólo salir"

CAPÍTULO 30

La libertad es como la vida, sólo la merece quien sabe conquistarla todos los días.

GOETHE (1749-1832)
Escritor alemán

La carta de Pedro me estaba matando. Me daba mucha pena, ¿pero era lo mismo sentir pena que amor de hijo? ¿Por qué no podía enojarme con este padre que se merecía toda mi bronca dos veces? Primero por abandonarme y segundo por meterme en semejante lío.

Supongo que es imperdonable que un padre te haga lo que él me hizo, pero no entraña en mi cabeza la imagen de Pedro como la de "mi padre". Pedro era solamente una persona que recién había conocido.

Yo también quería ser libre como Pedro. ¿Libre de qué? De mi madre era la respuesta

que me saltaba enseguida, ¿pero qué significaba esa libertad? Se me mezclaban las ideas con los apuntes que leía para la facultad.

Me fijé en la carta las veces que Pedro había escrito la palabra libre. ¡Y estaba preso!

Dolores me reclamaba desde la compu. Me puse a chatear. No soportaba más pensamientos profundos. Sobre todo quería olvidarme del último párrafo de Pedro:

"El jueves al mediodía tengo la última audiencia en tribunales y me dejan libre. Mi abogado consiguió la libertad condicional hasta que todo se aclare. Sé que no tengo derecho pero te pido, si todavía me das una oportunidad, que vengas a buscarme. Si no podés o no querés, no volveré a molestarte. Te lo prometo.

Pedro"

Odiaba ser su última oportunidad. Además el viernes era la entrega de mi ensayo.

CAPÍTULO 31

Bendito sea el caos, porque es síntoma de libertad.

ENRIQUE TIÉRNO GALVÁN (1918-1986)

Político e intelectual español

La semana anterior yo no podía hablar con nadie del tema de Pedro. Con mamá imposible, con Martín que tanto me había ayudado no podía conversar en casa sin Candela dando vueltas como un trompo.

Con Dolores... Qué sé yo, no quería darle lata y que me considerara un pesado. Todos los temas serios desaparecían cuando escuchaba su risa.

Supuestamente debía hablarlo con mi psicólogo pero tenía la sensación de que él le contaba a mi vieja lo que yo decía. Ya sé que existe el secreto profesional, pero a mí la duda me mataba.

Todos mis esfuerzos tenían que estar puestos en ese ensayo que tanto tiempo ocupó mi cabeza y que sin embargo en mi computadora todavía era sólo un esbozo.

El miércoles me encerré en mi cuarto. Le pedí a Dolo que ni me llamara. Necesitaba concentrarme. Empecé a pensar en los últimos meses, cuando Pedro apareció en mi vida. ¿Para bien? Eso la verdad es que no podía responderlo. De lo que estaba seguro era que no había sido para mal. Me tranquilizaba que hubiera querido conocerme pero no me alcanzaba que estuviera arrepentido. ¿Hay manera de que el arrepentimiento sea también reparación? ¿Podría el arrepentimiento de Pedro arreglar lo que había pasado, o mejor dicho, lo que no había pasado entre nosotros estos dieciocho años?

No lo sabía. Me enojé conmigo mismo por pensar en Pedro en lugar de escribir el ensayo de una buena vez. Ahí fue que se me ocurrió. De pronto me iluminé. Escribí sin parar sobre todo lo que pensaba. Trabajé hasta la noche y la madrugada me encontró corrigiendo. Amaneció el jueves y no había decidido nada pero estaba contento: mi ensayo estaba casi listo.

Por la mañana acompañé a Dolores al colegio y me pidió que la fuera a buscar, así pasábamos la tarde juntos. Le dije que no.

-Pero si salís de la facultad a las once -me dijo-. Ayer no nos vimos.

-Pero no puedo Dolo, te juro.

-¿Es por la carta? -preguntó, y me dio risa. No habíamos vuelto a hablar de la carta desde que le dije

lo de mi novia en París. Dolores simulaba indiferencia, pero estaba intrigada.

-Sí -dije muy serio-. Mi novia llega de París hoy al mediodía.

Se dio vuelta y se fue apurada.

-¡Dolo! ¡Dolo! -grité para explicarle que solamente estaba siguiéndole el chiste, pero entró al colegio sin mirar atrás.

No podía creer lo estúpido que era. Ahora tenía que elegir entre buscar a Pedro en Tribunales o deshacer la pelea con Dolores esperándola en la puerta del colegio.

CAPÍTULO 32

*La libertad no hace felices a los hombres,
los hace sencillamente hombres.*

MANUEL AZAÑA (1880-1940)
Político y escritor español

El profesor dijo que teníamos que entregar los ensayos al día siguiente. Algunos pibes le preguntaron cosas que hacían obvio que ni siquiera lo habían empezado.

-Voy a valorar las referencias sobre los filósofos leídos -dijo el barbeta, y algunos murmuraron.

Pensé en lo que había escrito esa noche. Muy pocas referencias, seguro que estaba mal hecho pero me justifiqué pensando en los meses complejos que había vivido. Lo peor era que si me iba mal mamá seguramente culparía a Dolores. "Pasás mucho tiempo con esa chica", había dicho con esa cara que pone cuando algo no le gusta.

Ahora sí que no había más tiempo. Tenía que decidir si iba para el colegio de Dolo, o a Tribunales. Sonréí pensando que era como elegir entre el pasado y el presente. O entre el pasado y el futuro. ¿Dolores era mi futuro? ¿Cómo saberlo?

Sí era seguro que mi pasado era Pedro. Bueno, no sólo Pedro. Mi vieja, mis abuelos, Martín, Candel...

¿Y el futuro?

Cuando pensaba en el futuro ya estaba en el colectivo que me llevaba a Tribunales. Pensé que por la noche le llevaría a Dolores uno de esos chocolates que tanto le gustan y si era necesario le pediría perdón de rodillas por la tontería de la novia francesa. Imaginaba su risa cuando me viera. Sí. Dejaría el futuro para después. Pedro no se merecía otra oportunidad, pero yo sí.

Me quedé en la plaza de enfrente preguntándome si lo reconocería. La verdad es que finalmente lo había visto poco. Y tres meses en la cárcel quizás lo habían cambiado mucho...

Miraba las escaleras con atención ya que bajaba y subía mucha gente. Otra vez esa sensación de espera que tanto me inquieta. Otra vez estaba esperando a mi padre.

CAPÍTULO 33

El hombre nunca ha encontrado una definición para la palabra libertad.

ABRAHAM LINCOLN (1809-1865)
16º presidente de los Estados Unidos

De pronto reconocí una cara que bajaba la escalera de los tribunales y me saludaba con la mano en alto. Me puse tan nervioso que al cruzar casi me pisa un auto. Era Martín. Bajaba las escalinatas con otro hombre y por un momento pensé que también mamá podría estar en los tribunales descubriendome en una mentira otra vez.

Me acerqué despacio y Martín me sonrió. No iba a preguntarme qué estaba haciendo allí porque al acercarme vi que el hombre que venía con él era justamente Pedro. Pedro y Martín. Martín y Pedro.

Martín me saludó con el abrazo de siempre. Pedro se quedó muy quieto y yo le

ofrecí mi mano que él tomó con cuidado, como si me fuera a romper.

-Bueno, todo salió como esperábamos -dijo Martín-. Yo tengo que volver a la oficina, los dejo.

Pedro le agradeció con las palabras, pero sobre todo lo hizo con la mirada. Yo estaba callado como si la emoción me quitara la voz. ¿Era por el reencuentro con mi padre?

No. O sí.

Era porque me daba cuenta cuál de esos dos hombres era mi padre. Aquél que se iba perdiendo con su traje en la calle llena de gente con otros trajes.

-Martín -grité-. ¡Te quiero!

Se dio vuelta y sonrió, pero siguió su camino.

-Un tipazo -dijo Pedro.

Lo miré y sonréí. Podía sentarme a pensar cómo habría sido mi vida si él me hubiera reconocido desde el principio. Si mamá y él hubieran vivido juntos, tan jóvenes con un bebé, si Candela nunca hubiera nacido. Pero... ¿sin Martín? La verdad es que no imaginaba que la mía hubiera sido una buena vida sin Martín.

Entonces Pedro y yo caminamos hasta un banco de la plaza y nos sentamos allí. Compré una gaseosa y seguimos hablando de Martín, de Cande, también de mi vieja. Tenía que darle una oportunidad para conocerlo. Después vería si Pedro iba a ser un amigo o solamente un conocido. Porque papá, yo ya tenía.

ENSAYO SOBRE LA IDEA DE LIBERTAD

Alumno: Santiago Vázquez Montena.

Ser libre como idea parece excelente. ¿Quién podría decir que no quiere ser libre?

Pero cuando uno decide actuar libremente quizás debería pensar si sus acciones perjudican a otros. Claro que un filósofo diría que si piensa en los demás, entonces ya no es libre. Entonces, ¿vale la pena ser libre? ¿Se puede hacer lo que uno quiere sin pensar en los otros? Esta idea me seduce, pero algunas cosas me hacen dudar.

Como pienso que las ideas filosóficas necesitan de ejemplos, presento el siguiente: mi madre quedó embarazada a los 19 años.

Podría haber elegido no tenerme, darme en adopción o dejarme en la puerta de un hospital. Pero eligió quedarse conmigo, querermé y cuidarme como hacen las madres en general.

En cambio mi papá tenía 18 años y eligió irse. No quería un hijo y entonces hizo uso de su libertad. Ni siquiera me dio su apellido.

¿Los dos pudieron elegir libremente?

Los dos eligieron pero pienso que a mi mamá no le quedó más remedio. Ella no podía "escapar" como lo hizo mi padre porque me tenía adentro suyo.

Podríamos imaginar que mis abuelos y la manera en que la habían educado marcaron su elección. Eso diría el determinismo, ya que dice que la libertad de elección no es real, sino aparente. Según esta doctrina, nuestras elecciones y decisiones están previamente determinadas por todo lo que uno ya es: el propio cuerpo, los elementos genéticos, cognitivos, afectivos, educacionales.

Es evidente que todo eso condiciona nuestra libertad de decisión. Pero una cosa es condicionar y otra suprimir.

Yo pienso que mi mamá eligió, y eso lo digo porque la conozco y sé qué cada día eligió ser mi madre. Podría haberse excusado en su juventud para "dejar" que me criaran mis abuelos, pero no. Ella eligió ser mi mamá y no solamente cuando quedó embarazada.

Podríamos pensar que mi mamá eligió teniendo en cuenta a los demás. Dieciocho años después de esa

decisión ella está muy bien, tiene una familia, trabajo y muchos afectos.

En cambio mi papá, eligió por él. Y casi más que a libertad a mí me suena la palabra egoísmo. No sólo por lo que a mí respecta, sino porque no pensó en mi mamá, solamente pensó en él mismo.

Después de todos estos años sigue solo y generándose problemas todo el tiempo.

¿Quién fue más libre de los dos entonces? ¿El que asumió su responsabilidad o el que la evitó?

Seguramente en un principio -por ejemplo cuando yo era un bebé- mi mamá no tenía prácticamente libertad, tuvo que dejar un año sus estudios en la facultad para cuidarme y seguramente dejó de hacer muchas cosas que le gustaban.

¿Pero es eso la libertad? ¿Es sólo la situación física de que nada te ate o te condicione? ¿Que nadie dependa de vos es suficiente para ser libre?

Creo que mi papá pensaba en ese tipo de libertad cuando decía que un hijo lo limitaría. ¿Por qué no pensar que un hijo te da vuelo? Sólo basta mirar todas las cosas que hizo mi mamá además de criarme: se recibió de abogada, se casó con Martín, tuvo a mi hermana Candela...

Mi papá biológico en cambio siguió su vida como si nada, haciendo lo que le diera la gana y en realidad no hizo nada. No pudo terminar sus estudios, ni formar una familia, ni tener un buen trabajo...

¿Quién fue más libre entonces?

Mi mamá después de elegir -o por determinismo

o por lo que sea- pudo seguir con su vida con fuerzas renovadas.

En cambio a mi papá le pasó al revés. Se quedó allí, como él mismo dice, dándole vueltas a la idea de cómo hubiera sido tomar otra decisión.

¿Para que sirve la libertad? ¿Para elegir? ¿Siempre se puede elegir?

"Puedo siempre elegir, pero tengo que saber que, si no elijo también elijo." Jean Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo*.

La siguiente pregunta que me hago es qué pasa cuando elijo mal, cuando me equivoco: "Porque se supone que uno nace héroe. Y en el fondo es esto lo que la gente quiere pensar: si se nace cobarde, se está perfectamente tranquilo, no hay nada que hacer, se será cobarde toda la vida, hágase lo que se haga; si se nace héroe, también se estará perfectamente tranquilo, se será héroe toda la vida, se beberá como héroe, se comerá como héroe. Lo que dice el existencialista es que el cobarde se hace cobarde, el héroe se hace héroe; hay siempre para el cobarde una posibilidad de no ser más cobarde y para el héroe la de dejar de ser héroe. Lo que tiene importancia es el compromiso total, y no es un caso particular, una acción particular la que compromete totalmente", escribió Sartre en *El existencialismo es un humanismo*.

Me gustó esta frase como respuesta a mi pregunta porque si mi papá actuó mal ahora puede decidir actuar bien. Tiene cada día una nueva oportunidad de cambiar, y si no lo hace es porque no quiere.

"EL CAMINANTE. Quien ha alcanzado la libertad de la razón, aunque sólo sea en cierta medida, no puede menos que sentirse en la tierra como un caminante, pero un caminante que no se dirige hacia un punto de destino pues no lo hay. Mirará, sin embargo, con ojos bien abiertos todo lo que pase realmente en el mundo; asimismo, no deberá atar a nada en particular el corazón con demasiada fuerza: es preciso que tenga también algo del vagabundo al que agrada cambiar de paisaje. Sin duda ese hombre pasará malas noches, en las que, cansado como estará hallará cerrada la puerta de la ciudad que había de darle cobijo: tal vez incluso como en oriente, el desierto llegue hasta esa puerta, los animales de presa dejen oír sus aullidos tan pronto lejos como cerca; se levante un fuerte viento, y unos ladrones le roben sus acémilas. Quizá entonces la terrible noche será para él otro desierto cayendo en el desierto y su corazón se sentirá cansado de viajar. Y cuando se eleve el sol de la mañana, ardiente como un airado dios, y se abra la ciudad, puede que vea en los ojos de sus habitantes más desierto, más suciedad, más bellquería y más inseguridad aún que ante su puerta, por lo que el día será para él casi peor que la noche. Es posible que a veces sea así la suerte de este caminante. Pero pronto llegan, en compensación, las deliciosas mañanas de otras comarcas y de otras jornadas, en las que desde los primeros resplandores del alba, ve pasar entre la niebla de la montaña a los coros de las musas que le rozan al danzar; más tarde sereno, en el equilibrio del alma de la mañana antes del mediodía

EPÍLOGO

No me preocupa la nota del ensayo. Se lo di a leer a mamá y le encantó.

y mientras se pasee bajo los árboles verá caer a sus pies desde sus copas y desde los verdes escondrijos de sus ramas una lluvia de cosas buenas y claras, como regalo de todos los espíritus libres que frecuentan el monte, el bosque y la soledad, y que son como él, con su forma de ser unas veces gozosa y otra meditabunda, caminantes y filósofos.

Nacidos de los misterios de la mañana temprana, piensan que es lo que puede dar al día, entre la décima y la duodécima campanadas del reloj, una faz tan pura, tan llena de luz y de claridad serena y transfiguradora: buscan la filosofía de la mañana." Friedrich Nietzsche.

Este texto me hizo pensar que ser libre no es un camino fácil, pero a la larga es el mejor. ¿Será entonces el camino que eligió mi mamá? Entonces, ¿por qué a ella nunca la escuché siquiera nombrar la palabra libertad?

Puedo pensar en lo que pasó con mis padres y qué eligió cada uno de ellos, pero quién fue más libre es una pregunta que todavía no tiene respuesta.

Dicen los filósofos que son más importantes las preguntas que las respuestas. Yo estoy lleno de preguntas: ¿Qué voy a elegir? ¿Elegir una carrera para estudiar es ser libre? ¿Volver a casa cuando yo quiera sin que nadie me pregunte nada es ser libre? ¿Tirarme en la cama a mirar la televisión todo el día es ser libre? (Esa pregunta la hizo usted, profesor, en la clase, y todavía no la entendí) ¿Leer sobre la libertad me hace más libre?

De todo lo que leí rescato la idea de la llamada libertad interior. Un espacio que nadie puede poseer si uno no quiere, en el cual uno es dueño de sí mismo. Ninguna prisión o ningún castigo puede suprimir este nivel de libertad. El hombre tiene un *dentro* que es inviolable. Donde puede pensar lo que quiera, a pesar de las presiones, del determinismo y aun de la tortura física.

Allí vivo mi libertad... por ahora.

Nota: 3 (tres)

Comentario: ¡DEMASIADO SUBJETIVO! Faltan referencias a otros textos trabajados.